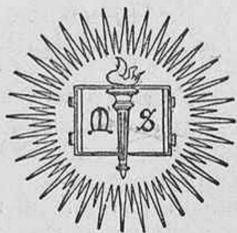


La Ilustración Artística



Año XXXI

BARCELONA 13 DE MAYO DE 1912

Núm. 1.585

EXPOSICIÓN DE LOS INDEPENDIENTES DE ROMA



DULCE SUEÑO, cuadro de Antonio Fabrés

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Médico!*, cuento de J. F. Luján. — *Inauguración por S. M. del Canal y de los Riegos del Delta izquierdo del Ebro.* — Barcelona. *Fiesta hípica.* — Monumento a Llorente. — *Exposición de flores.* — El P. Zacarías Martínez. — *Matrimonio secreto* (novela ilustrada; continuación). — *Guerra italo turca.* — Barcelona. *La fiesta de los Juegos Florales.* — Marruecos. *Después de la rebelión de Fez.*

Grabados.—*Dulce sueño*, cuadro de Antonio Fabrés. — Dibujo de Tamburini, ilustración al cuento *Médico!* — *La barbería de los contrabandistas*, cuadro de Adelardo Covarsí. — *Nocturno*, cuadro de Martí Garcés. — París. *Las manzanas del Bosque de Bolonia. Habituales concurrentes matutinos al aristocrático paseo.* — *Inauguración por S. M. el rey D. Alfonso XIII del Canal y de los Riegos del Delta izquierdo del Ebro* (catorce fotografías). — Venecia. *Exposición Internacional de Bellas Artes.* — *Buenas noticias*, cuadro de Sánchez Solá. — Barcelona. *Fiesta hípica.* — Monumento a Teodoro Llorente, obra de Eusebio Arnau. — *Exposición de flores.* — El P. Zacarías Martínez. — *Guerra italo turca.* — *Aspecto de la sala del «Palau de la Música Catalana» durante la fiesta de los Juegos Florales.* — Dr. Vogel. — Srta. María de los Angeles Carulla. — D. Jaime Bofill. — D. Eduardo Girbal. — D. Manuel Folch. — D. Carlos Riba. — D. Antonio Carrión. — Doña Carmen Karr. — D. Narciso Oller. — Fez. *El Mellah después de la rebelión.*

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La Exposición de Pintura del Centro Gallego, inaugurada ayer con asistencia de los Reyes, y muy lucida, mucho más de lo que pudiera presumirse, dada la común idea de que en Galicia no existen pintores, ha traído a mi memoria (al exponer sus obras), al malogrado pintor Joaquín Vaamonde, que tantas esperanzas hizo concebir, y que, a vivir algo más de la breve edad que le permitió su destino, hubiese contribuido no poco a demostrar que en su tierra pueden nacer artistas, y artistas que no responden al concepto común que de su tierra ha solido formarse (hoy este concepto empieza a cambiar).

Creíase, en efecto, antaño, que fuese Galicia una comarca donde lo tosco, lo grosero y lo zafio tenían su asiento. Un gallego era un hombre de fuerza bruta, cargado con la cuba o el baúl; era el cántabro de enorme pie, de ancha cintura, de grueso cogote... Y he aquí que, cuando nadie pensaba en un procedimiento de arte el más delicado y fino, el retrato al pastel, predilecto de los Nattier y los Latour, olvidado casi desde la elegante época de Luis XV, aparece en Madrid un artista que lo resucita y lo consagra, definitivamente ya; un artista que en un mes se pone de moda, al cual se disputan las grandes señoras, que quieren ser asunto de sus lápices deliciosos, y al cual no tarda en llamar la reina para que reproduzca el semblante del rey párvulo y de las «niñas» como se llamaba entonces a las dos princesas... Y este artista, prototipo de la elegancia, es un gallego, un cántabro; y no lo es por casualidad, por el azar de que haya venido su familia, poco antes de su nacimiento, a establecerse en una ciudad gallega; lo es de raza; su niñez ha transcurrido al borde del Cantábrico, cuyas olas le infundieron acaso las nostalgias, tan vivamente sentidas por aquel otro gallego romántico y sentimental que se llamó Nicomedes Pastor Díaz.

Y es que Galicia, en su fondo de naturaleza y de alma, tiene precisamente, en vez de la nota ruda y viril de otros países españoles, el sello de la delicadeza y de la exquisitez, visible en todo su desarrollo artístico, que no ha sido ni muy intenso ni ha sorprendido por la cantidad; pero que, en cambio, ha revestido justamente ese carácter de suavidad y de melancolía, de refinamiento espiritual, y además, de intensa aspiración a lo más alto, no como ambición material, sino justamente con el sello del ensueño. Así, es Galicia el país del *Amadís*, de los trovadores, de los grandes soñadores españoles; en este sentido, nuestra Alemania.

Por eso hice yo de aquel bohemio el protagonista de una novela, *La Quimera*, en la cual quise estudiar un aspecto del malestar contemporáneo, la infinita aspiración idealista. Me sugirió el pensamiento de esta novela un incidente bien insignificante. Me pidieron una obra para un teatro de marionetas, y se me ocurrió glosar el mito de la Quimera antigua. Belerofonte, que viene a luchar con la Quimera, encuentra en el palacio de Yobates a la princesa Casandra. Se enamoran apasionadamente y deciden huir juntos, así que Belerofonte haya dado muerte al monstruo. Minerva, diosa de la Razón, ayuda a Belerofonte en la empresa. Apenas la Quimera sucumbe, el amor loco, el entusiasmo heroico, perecen con ella. Casandra y Belerofonte, antes tan entusiasmados, se apartan sin mirarse: Belerofonte huye del peligro de que le asesinen en el palacio del padre de Casandra, y Casandra de la vida azarosa que la espera si en su suerte a la del príncipe proscrito... Era el aliento febril del endriago lo que los había

unido: al sucumbir la Quimera, disípanse los ensueños, las hermosas locuras...

De este pensamiento salió después la novela, cuyo protagonista, Silvio Lago, padece esa noble enfermedad, el mal de aspirar, propio de su organización sensible, afinada quizás por los gérmenes ocultos del padecimiento que había de llevarle a la tumba. No hubo nadie que con más abandono se entregase a las garras de la Quimera, que tenía fijos en él sus glaucos ojos.

No era la riqueza, y acaso no era ni la fama, lo que buscaba el artista, era la realidad, si así puede decirse, de lo quimérico; la satisfacción de transformarlo en verdad un instante.

Pero todavía hubo otro conflicto más penoso, si cabe, en aquel espíritu. Cuando empezó a trabajar en sus retratos al pastel, que le daban fama y provecho, y en otros al óleo, que le servían de ensayo para lo que él llamaba la pintura seria; cuando empezó también a tomar apuntes de lo natural, de paisajes y tipos aldeanos, al estilo de Sorolla, a quien tanto admiraba, he aquí que se produjo en él, al influjo de lecturas, conversaciones y viajes, la crisis de su fe. Otros artistas, como Aureliano Beruete, el paisajista, han tenido formado desde luego su ideal estético, y han marchado siempre en el mismo sentido, hacia la verdad tal cual la ven, sin subjetivismos ni falsificaciones. Son convencidos, son concienzudos, y cualquiera que sea su culto por lo antiguo, su veneración por los maestros, no conocen otra religión sino la de la probidad: reproducen las cosas como las ven. Vaamonde hubiese aspirado a eso mismo; su mayor afán era dibujar, «más que Dios;» dibujar mucho, porque el dibujo es la solidez, es la honradez del arte; pero, sin embargo, en su pensamiento, la duda se había deslizado: inquieto e impresionable, sujeto como nadie, por su misma sensibilidad exaltada, a las influencias de cuanto flota en el aire o viene a insinuarse en el pensamiento, Vaamonde sufrió en su breve carrera, muchas desorientaciones. Primero, al llegar a Madrid, profesó el arte sincero, el arte sin intenciones, limitado a la reproducción de lo visible. Yo combatí esta tendencia, porque sabía que en París y en Londres ya había pasado a la historia esa doctrina, y sobre todo, porque acaso no fuese la que más se adaptaba a la especial estructura del pintor, a aquella su cualidad maestra—la elegancia.—Cuando interpretaba tipos populares, parecíame que estaba fuera de su verdadero camino; pero esto lo hacía como estudio, por adquirir maestría de dibujante, seguridad de mano. Si siguiese la pendiente de su modo de ser, haría siempre cosas del género de un panel que me regaló y que revela la viveza de su fantasía, y la emotividad de su arte: la preciosa composición que debe llamarse «El amor y la muerte;» la mujer espléndida, cuyo cuerpo desnudo se destaca sobre el fondo de aquel paño mortuario, con dos tibias cruzadas y una calavera, que, desde el primer momento, adornó el estudio del artista, en Madrid. Sufrió esta crisis el artista, y sintió que había algo más allá de la escueta verdad sensible, de la indiferente reproducción del modelo o de la escena vulgar. Y poco después, sus viajes le trajeron a otro orden de ideas: a pesar de que la pintura antigua, sólo por serlo, no le causaba transportes de entusiasmo, y había en él una tendencia modernista evidente, la gran pintura del Renacimiento se le impuso: los maestros del colorido, Rubens, Tintoretto, le abrumaron con su magnificencia: comparó lo agrio, lo discordante del color actual, con aquella riqueza de paleta, aquella lujosa intensidad de tonos, unida sin embargo al dibujo más perfecto, a las mayores gallardías de la línea; y entre esta observación impresionante, y la seducción de un Goya, y la misteriosa atracción de un Greco, que tales sugerencias sabe ejercer, y las nuevas corrientes espiritualistas, y el simbolismo, y el neblinismo, y el japonismo, y tantas y tantas revelaciones como puede encerrar para un muchacho que de la Coruña se ha ido directamente a Buenos Aires, y de pronto, a su regreso, conoce el Museo del Prado, y luego los de París y Londres, y los talleres de los artistas de moda, y las obras maestras que encierran todavía las casas de la aristocracia. Vaamonde sentía vacilar su antigua creencia en la verdad externa, y un remolino de incertidumbres y de aspiraciones confusas se alzaba en su interior... La pregunta terrible de Pilatos—¿qué es la verdad?—se le formulaba, concisa y angustiadora, y sin duda iba a llegar el instante en que una voz respondiese: «La verdad, aunque parece una sola, tiene realmente muchas caras. Lo que es verdad para un artista, puede ser mentira para otro: en arte, la verdad somos nosotros mismos; cada cual tiene su verdad, cada cual la crea todas las mañanas, y aun cuando en apariencia las épocas influyen, los momentos de la historia determinen direcciones,

sin embargo habrá siempre otra fuerza superior, la propia, la íntima, la irreductible, la individual.» Así es que mi consejo, por mejor decir mi insinuación, a aquel artista segado en flor, y a todos, era que ahondasen en sí mismos, para encontrarse y reconocerse, transcurrido, naturalmente, el período en que sin poderlo evitar se imita, en que se siguen huellas, y en que, sorprendiendo el secreto del ajeno procedimiento, se ha adquirido la habilidad necesaria para beneficiar las dotes propias...

Y esto hubiese, hecho inevitablemente, Vaamonde, a no sorprenderle la Segadora, de un modo tan rápido y tan traicionero, con la tuberculosis, a la cual le habían predisuesto circunstancias y sucesos de su vida, en lucha con la necesidad y con la mala voluntad humana. Yo creo que, dadas la movilidad de su carácter y la penetración natural de su entendimiento, que era sagaz, aquel muchacho, nacido para interpretar lo refinado, lo delicado y lo alto, hubiese concluido por resignarse, por aceptarse, y hasta por evitar lo que al pronto tanto le seducía: las crudezas, las rudezas, los vulgarismos, y no sólo eso, sino el empeño de buscar el vigor, cualidad seguramente más fácil de adquirir y ostentar al menos para él—(quedan óleos y hasta pasteles de Vaamonde que lo demuestran), que la ingénita elegancia y exquisitez, que el buen gusto en el componer, que la intensidad ensoñadora en sugerir. Las cualidades que nos pertenecen son las que debemos desarrollar, ¿cómo negarlo? No existe un tipo de pintor: hay tantos como sujetos geniales. Y en esto insistía yo, para calmar los afanes de un artista que se creía necesariamente inferior porque no estaba en su temperamento ser otro de lo que era. Cada uno es cada uno, le decía; el caso es ser alguien. ¿Qué no pudiéramos objetar a un Goya, si le aplicásemos el rasero de la realidad, de la verdad sencilla? ¿Y no le objetamos nada, porque si Goya fuese de otro modo de lo que fué, perderíamos tanto!

Todo este problema, con varios más de distinta índole, incluso el económico, traían a mal traer al joven gallego, mientras se consagraba a un cuadro de género, *La recolección de la patata en Galicia*, hecho sin duda con arreglo a los cánones del verismo, perfectamente dibujado, que se nos figuraba estar viendo en el natural, pero que..., no nos convenía. Y recuerdo su furia:

—¡Señora! ¡Usted! ¡Usted, en cuyos libros he aprendido yo, en gran parte, las teorías que pongo en práctica en este lienzo!

—Pero yo no he dicho nunca que la verdad se reduzca a lo visible—le contestaba.—Hay más, mucho más, acuérdesse usted, que eso solo. ¡No digamos en literatura! Pero hasta en las artes plásticas, no basta ser una pupila y una mano. Lo dijo el hierofante de la escuela naturalista; la verdad se ve al través de un temperamento. Su temperamento de usted no está reflejado en esa *Recolección*, en esas mujeres burdas, tostadas por el sol, cuyas carnas sudan en la faena. Tal vez cualquier pastel de los que usted desprecia por falsos, es más verdadero, en usted, que un cuadro tan exacto y fiel, tan fácil de comprobar si salgo a dar un paseo por la aldea.

Lo que nos interesa, es el modo peculiar que tiene un artista de interpretar lo real, y hasta de modificarlo, infundiéndole su alma, o infundiéndole sólo su manera especial de ver. No era probablemente su alma, sino tan sólo las impresiones de sus sentidos de humorista y de observador, lo que comunicaba Teniers a sus cuadros de costumbres, a sus borrachos, a sus desvergonzadas parejas de las *bermesses*, a sus vejates líbricos, a sus fregatrices frescachonas, a sus fumadores haraganes; y cabe afirmar que con mayor cuidado y cariño afiligaban una fogón, una sartén, una escoba vieja, una olla panzuda, un perol de cobre o un jarro de barro vidriado, que una figura humana. Y sus pinturas son muy reales; pero, aparte de serlo, tienen un sello inconfundible, el de su autor; se dice un Teniers... Con manchar lienzos y más lienzos en que la verdad se sobrepone al temperamento, nunca llegaría el joven pintor marinero a revelar eso que todo artista lleva dentro y derrama en sus obras; y no tanto por virtud de mis predicaciones, cuanto porque empezaban a caerle las telarañas de los ojos y en tierras extranjeras, Vaamonde hubiese acabado por abundar en su propio sentido, y seguir el filón de cualidades que le diferenciaban de los demás. Era seguro que hacia esta adquisición caminaba.

Y en esta Exposición gallega, que es una Exposición llena de juventud prometedora, donde abundan obras de artistas a quienes la muerte no dió tiempo, el recuerdo de aquel trágico destino me asalta... Para triunfar en arte, hay que poder vivir, en el sentido fisiológico de la palabra... ¡La vida!

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.



Jesús fué deshaciendo con tacto y firmeza la trabazón horrible que agotaba las energías de la sangre

¡MÉDICO!

Dios sabe cuán a copia de sacrificios pudo concluir la carrera Jesús Machado. Ello es que una mañana nubosa de caliginoso ambiente, entró en su casa con ímpetu de alegría, gritando desde la puerta:

—¡Mamá, mamá!.. ¡Ya me tienes hecho hombre!

Ciertamente, era médico, pues le reconocían maestros y doctores aptitud para curar.

Humedecido el rostro por la emoción, doña Teresa Iñez no acertaba a traducir el alborozo de sus pensamientos sino exclamando:

—¡Tu padre! ¡Tu padre!

Sí, ¡qué orgullo el de su llanote progenitor si le viese ahora! Pedro Machado no ambicionó para su hijo otro porvenir: ya en trance de muerte, profería con el huelgo fatigoso a duras penas perceptible:

—Vende hasta los jergones, si es preciso: ha de ser médico... ¿Me oyes, Teresa? ¡Médico!.. Lo quiero yo.

Siempre lo quiso. En su vida laboriosa no se registraban sino ejemplos de reflexiva voluntad: fueron los comienzos humildes; de rudo herrador convirtióse en veterinario entendido, y a poco manejaba hábilmente lanceta y bisturí. El habitar un lugarejo perdido entre breñas y quebradas, hizo que le solicitaran cuantos no podían ir más abajo de sus lindes en busca del facultativo: tuvo, pues, que aguzar el ingenio y requerir pacientemente de la Naturaleza enseñanzas y socorros; pero ducho en conocer las virtudes de plantas y hierbas y raíces (y aun de los brotes que asomaban entre las terrosas hendiduras de los peñascales), no se avino a ejercer de curandero, y un día realizó sus cortos bienes y se trasladó a la capital, dedicándose a otros negocios que le permitieran dar al hijo la educación requerida para aquel ministerio augusto. La suerte le fué adversa en este empeño, y, a la postre, dolor y quebrantos consumieron energías y ahorrillos, dejando al expirar, como queda dicho, esta única fortuna:

—¡Médico, Teresa, médico!

La voluntad así manifestada fué religiosamente cumplida por aquellos dos seres compenetrados en todo sentimiento de amor y sacrificio: olvidó Jesús el regalo de la adolescencia; no quiso la madre acordarse de que fué la segundona de la solariega casa de Iñez, y los dos rivalizaron en dorar su pobreza, hacendosa la dama, él estudioso durante el vagar de las horas que a los más precarios menesteres dedicaba.

En fin, ya era médico: «se acabaron las angustias del estrecho vivir;» pero la reflexión, calmando poco a poco el dulce nervosismo, mostróles la realidad implacable. No podía ejercer Jesús sin título, y siendo grave contrariedad ésta, venía de añadidura la de procurarse clientela, que no se adquiere de golpe y porrazo.

—Ni recursos ni amistades, hijo.

Machado reflexionaba al oír las observaciones de la señora Iñez que ante todo tenía que llamar el enfermo a su puerta, y una vez dentro ver holgura y comodidades; y ello, aun sin meterse en costosas ostentaciones, suponía un tesoro para la pobreza de aquel hogar humilde.

Cortando las idas y venidas por la estancia, acarició dulcemente las mejillas de su madre y dijo:

—¿Y el tío, mamá?

El heredero había cortado toda relación en el punto y hora en que su hermana contrajo nupcias con el «rebuscador de hierbas y mediquillo de mulas,» como decía despreciativamente Julián Iñez; nunca, ni aun en sus más amargas tribulaciones, se le ocurrió a doña Teresa solicitar de él compasión ni auxilio, y era tonto pensamiento el de importunarle ahora.

—El tío, mamá, respira otro ambiente que nosotros: es rico a su manera; lo es entre aparceros y gañanes; pobre yo, puedo deslumbrarle con mis hábitos y mi talento. Le gustará, sin duda, a sus años ufanarse de tener un sobrino así.

Dudoso parecía aquel arbitrio a la viuda de Machado; pero consintió en que intentara Jesús el viaje a la Sierra, haciendo el sacrificio de escribir unas líneas de maternal presentación.

Trasudores y paciencia costaba al mozo subir aquella serie de montículos, terreno pizarroso en que a duras penas surgían por las quebradas matorrales de negruzca vegetación. De Herreras, donde dejó el tren, no anduvo sino tres cortas leguas a caballo, por un mal llamado camino de herradura; desde Negrote hasta Fuensanta, término de su peregrinaje, fué preciso discurrir a pie, orientado por un ladino espolique.

—¿De modo que a la casa de D. Julián, eh?, saltó éste, después de un largo silencio. ¿Y diga el señor; visita corta, eh?

—Pienso quedarme varios días.

Miróle el rústico de soslayo: «bien se conocía que el señorito ignoraba con qué casta de hombre iba a tratar.»

—En este tiempo no se pasa mal una noche al raso, saltó socarronamente.

—¿Por qué lo dice?

Rascóse la cabeza el otro, echando hacia el cogote su sombrerón.

—Verá usted, adujo. Fuensanta es un lugarejo de unas quince casonas mal repartidas, aquí una y a un cuarto de legua la otra, sin contar los covachones y los corrales en que se guarecen como bestias los pobretucos. No hay posada *pa* el señorío. Al *respective* de D. Julián, usted no sabe, por lo que veo, la historia.

No sabía, no; que despotricara el acompañante, y así distraería el áspero subir por aquellos vericuetos rocosos.

—Pues D. Julián es un tío...

Y pintorescamente, en su habla ruda, describió el tipo: un tío ruin, tacaño en dinero, en palabras, en obras; seco de figura, seco de carácter y de corazón.

—¿Y ésa es la historia?, preguntó riendo Jesús.
—Eso es el hombre, que le dará un puñetazo si se emperna en dormir dentro de su casa. La historia es la niña.

¿Cómo? La señora Iñez tenía a su hermano por empedernido solterón: «ignoraba, pues...» El rústico aclaró la duda:

—No es hija, no casó él.

Brevemente explicó el caso: el padre de Rosarillo, amigo de D. Julián, murió, andando juntos ambos de correría por la Sierra, en un despeñadero; la rapaza, de tres años a la sazón, quedaba sola, porque el muerto no tenía habientes ni parientes. Recogióla D. Julián, y el pique de la cosa está en que, conforme iba creciendo y esponjándose, convertíase en tiranuela del hombre duro y cruel.

—¿Ha visto usted un padre... padrazo? Pues más que eso. En lo único que no transige es en que acudan abejorros al panal.

Habían traspuesto la última loma y se iniciaba un declive suave esmaltado de campánulas azules; abajo, en el hondón, entre higuerales y sicomoros recortaba el verde paisaje la blanca y limpia casona de Iñez.

—Es allí, dijo el espolique extendiendo el brazo. No necesita que le acompañe hasta la puerta.

No había exagerado el lugareño: D. Julián recibió a su sobrino con aire displicente y receloso; y sin contestar el saludo ni las explicaciones que le daba, barbotó manoseando la carta de la señora Iñez:

—¿Médico? Veamos si en alguna ocasión servís para algo bueno.

«No creía él en ciencias ni drogas ni artes por el estilo; pero así complacería a Rosario, emperrada en que la viesen, con la música de que iba a morirse.» Y pasaron a la habitación de la zagala. El reconocimiento fué detenido y concienzudo; el interrogatorio delicado y sutil. Después dirigióse Machado a la reja y abrió las ventanas de par en par; con el aire tibio entró un revuelo de perfumes.

—¿Qué haces, bruto?, vociferó Iñez.

—Empiezo la cura.

Machado desplegó entonces docta dialéctica; la señorita no estaba mal, en período agudo, eso no; pero iniciábanse ciertas complicaciones y era urgente acudir al remedio, sin perder hora; si le dejaba el tío un corto espacio en su inestimable compañía, veríala luego lozana, fresca, alegre.

Consintió al cabo D. Julián, porque Machado fué, ya a solas con él más explícito y rotundo. «Si no se decidía a seguir sus consejos y el régimen que indicara, la mataba sin remisión.»

—Ea, probemos, quédate.

—Lo primero que hay que hacer es ponerla en habitación que mire al campo y donde entre a chorros la luz...; el sol: ese cuarto da a un patio interior, según vi, circuido de paredones.

Lo que tenía Rosario era simplemente que se ahogaba en aquella atmósfera de sequedad, de egoísmo, de esclavitud. D. Julián la trataba, queriéndola mucho, como tutor enclavado más que como padre; no le permitía corretear a sus anchas por los senderos galanos de la juventud; las expansiones naturales y legítimas sujetábalas con mano dura. Si salía de casa era con él, siguiendo su paso mesurado, corto, forzada a oír pa-

labrotas zafias y razones de que huían sus pensamientos, vibrantes al unísono con la deliciosa música de Naturaleza.

Jesús fué deshaciendo con tacto y finura la trabazón horrible que agotaba las energías de la sangre y entrecortaba el huelgo en la boca. El restablecimiento fué rápido; a los pocos días ya paseaba la enferma de su brazo por las alamedillas de álamos formadas

diez y ocho años al busto mujerial; a Machado parecíale adorable, pero nada más.

—Va usted a serme franca, del todo franca, Rosarillo. Yo adiviné y vi casi todas las causas de su dolencia; pero hay un punto obscuro todavía. Está usted curada, pero yo he de irme, y es preciso no dejar rescoldo; ¿me entiende? La recaída fuera irremediable. Va usted a quedarse sola con el tío...

Paróse de repente; Rosario le miraba con maligna curiosidad.

—¿No hay ningún secretillo en ese corazón de mieles? ¿Ningún pensamiento dulce en esa cabecita soñadora?.. Más claro: ¿no ha querido usted nunca?

Rosario soltó una risotada alegre; luego se puso seria.

—Amo a José Antonio, dijo con tierna ingenuidad; y D. Julián no quiere amoríos, añadió tristemente.

Animándola con palabras cariñosas, obtuvo la completa revelación. José Antonio era hijo de un aparcerero del Sr. Iñez, y el amo amenazó con quitarle las tierras si volvía a encontrar al muchacho ni aun a tiro de la casona. «Y aquello era la ruina, el hambre para la pobre gente; no podían consentirlo José Antonio ni ella, aunque los matase el pesar.»

La mañana siguiente Machado declaró a su tío

que Rosario estaba completamente curada, y él decidido a marcharse.

—No será sin que yo premie la buena obra que has hecho, porque he de confesarte que la muerte de Rosarillo hubiera precipitado la mía. Quiero, además, reparar en ti los desdenes que he tenido para tu madre. Veo que entre Rosario y tú hay mucha simpatía. Cásate con ella.

Si el asombro de Jesús fué grande, más fuerte fué el pasmo de D. Julián, oyendo las herejías que osaba proferir su sobrino. «No era él, sino otro, el marido que convenía a la zagala; humilde, pero guapote, laborioso, de todas las prendas para hacerla feliz en aquellas alturas, bien enterado estaba.» D. Julián soltó una retahíla de vocablos malsonantes. Imperturbablemente siguió Machado explicando que como aquella había sido la fuente de la dolencia, el peligro volvería, y esta vez sin remedio, rápido y fatal.

—En cuanto a mí, tío, he de luchar algunos años antes de que piense en casorios; me debo por ahora a la ciencia y no a la mujer.

Si D. Julián quería recompensarle de alguna manera había de ser casando a Rosarillo con Pepe Antonio; pero esto fué muy duro de pelar y se tardó en convencerle. A la postre cedió, viendo que se apoderaba de la moza una tristeza infinita. Lo que no pudo conseguir Machado es que el tío le favoreciera. ni aun a título de préstamo reembolsable, poseído de ira contra él, de sorda e implacable irritación.

Jesús volvió a trasponer las lomas y descender las cuestas tan desamparado como las había subido. «No importa—pensaba—lucharé: me llevo la satisfacción de haber empezado soberbiamente la carrera, como mi padre la adivinaba y quería.»

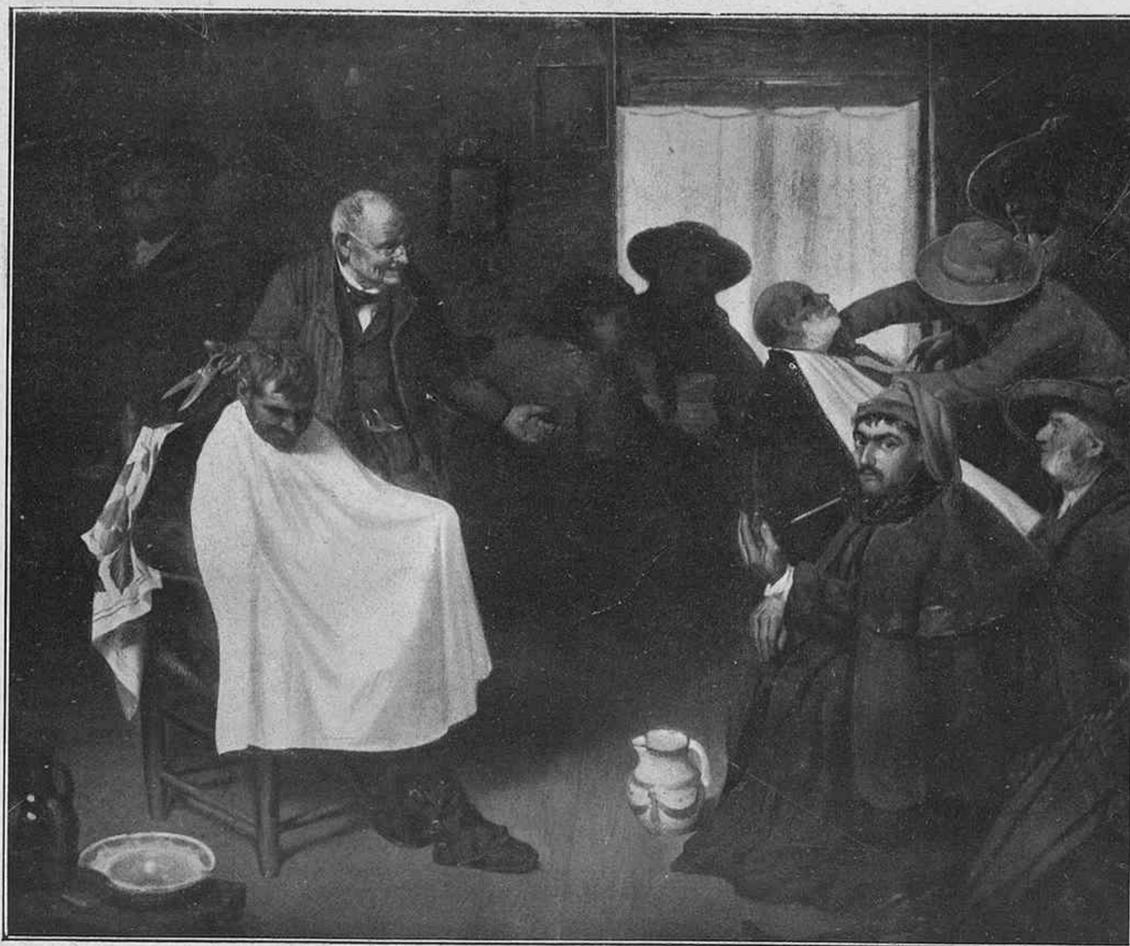
De camino, el propio espolique preguntó con su socarronería ingénita:

—¿Qué tal D. Julián?

—Ha acabado por cerrar el puño, contestó picarescamente Jesús.

(Dibujo de Tamburini.)

J. F. LUJÁN.



La barbería de los contrabandistas, cuadro de Adelardo Covarsí, artista premiado en varias exposiciones (Exposición Nacional de Bellas Artes, Madrid, 1912.)

junto a la casona; las mejillas conservaban aún un tinte mate, pero se coloreaban a menudo, cuando la sonrisa entreabría la comisura de los labios, oyendo las agudezas del mozo.

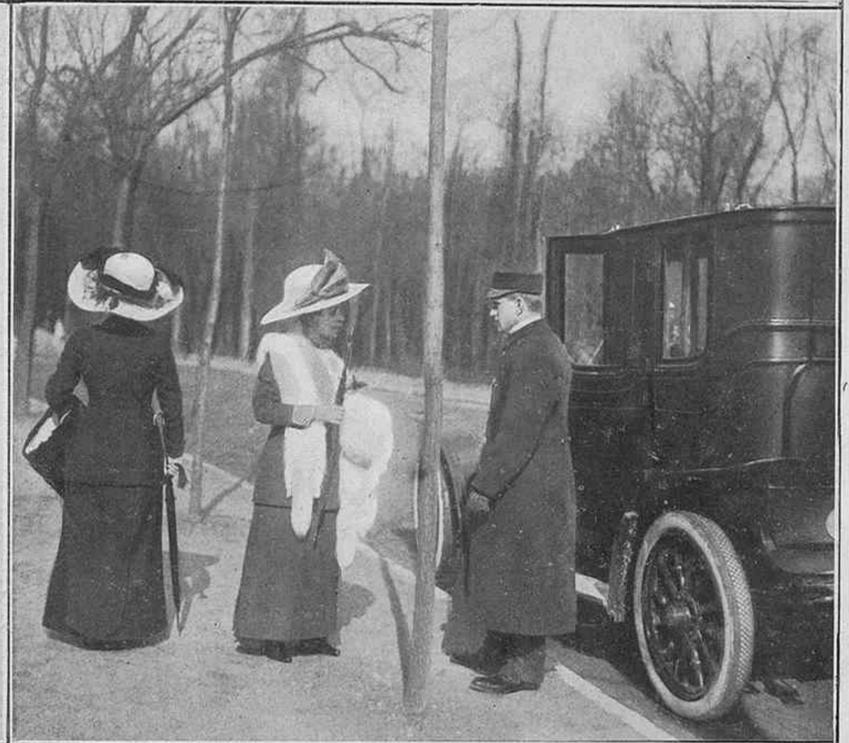
Una tarde llegaron hasta el robledal. Iban solos, porque el Sr. Iñez, encantado de ver los progresos que se notaban en la salud de Rosarillo, dejó al médico en completa libertad de acción; podía hacerlo,



Nocturno, cuadro de Martí Garcés (Exposición Nacional de Bellas Artes, Madrid 1912.)

pues no había idilio: la joven, sin ser preciosa, era bonita; y tenía sobre todo el encanto de sus ojos vivos y dulces a la vez y de las gracias que prestan los

PARÍS.—LAS MAÑANAS DEL BOSQUE DE BOLONÍA



HABITUALES CONCURRENTES MATUTINOS AL ARISTOCRÁTICO PASEO. (De fotografías de Carlos Delius.)

INAUGURACIÓN POR S. M. EL REY D. ALFONSO XIII DEL CANAL Y DE LOS RIEGOS DEL DELTA IZQUIERDO DEL EBRO



S. M. en la estación de Tarragona.

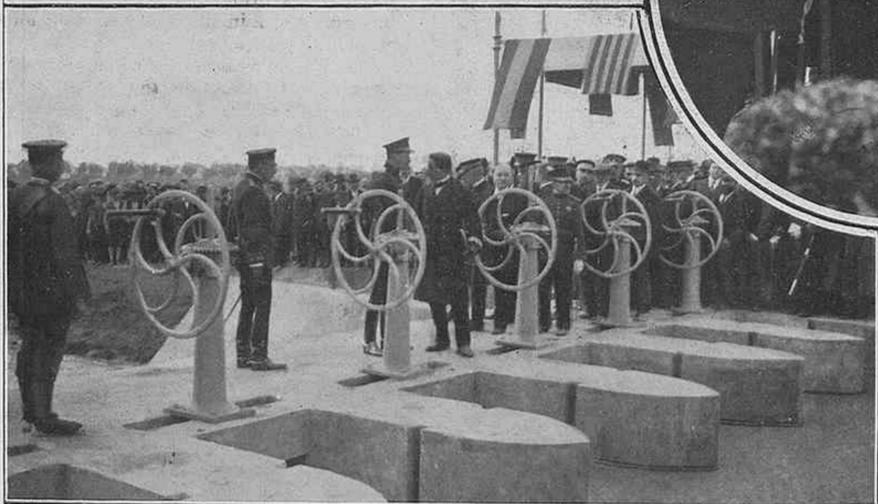
S. M. dirigiéndose al pabellón regio.



S. M. oyendo la misa de campaña.



El presidente de la Comunidad de Regantes pronunciando un discurso ante S. M.



S. M. en las compuertas del canal. — S. M. firmando el acta de inauguración. — S. M. en la estación de Tortosa.



S. M. á la salida de la estación de Tortosa.



S. M. dirigiéndose á la catedral de Tortosa.

(De fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)

INAUGURACIÓN POR S. M. DEL CANAL

Y DE LOS RIEGOS DEL DELTA IZQUIERDO DEL EBRO

El día 5 de este mes efectuóse la inauguración solemne del Canal y de los riegos del Delta izquierdo del Ebro, acto al

y firmó un artístico pergamino, pintado por el Sr. Triadó, conmemorativo de la ceremonia de la inauguración. Acto seguido, el Sr. Cañé, presidente de la Comunidad, leyó un sentido discurso dando las gracias al monarca y éste contestó con breves y oportunísimas frases demostrando el interés que le inspira todo cuanto tienda a fomentar la riqueza agrícola de España.

Regresaron los expedicionarios a Amposta y ocuparon de nuevo el tren real, que llegó a Tortosa a las once, siendo allí el Rey recibido con el mismo delirante entusiasmo que en todas

S. M. recorrió la cortina que cubría la lápida y a continuación el presidente de la Real Compañía D. José Zulueta leyó un sentido discurso alusivo al acto, al que contestó con elocuentes frases el señor ministro de Fomento.

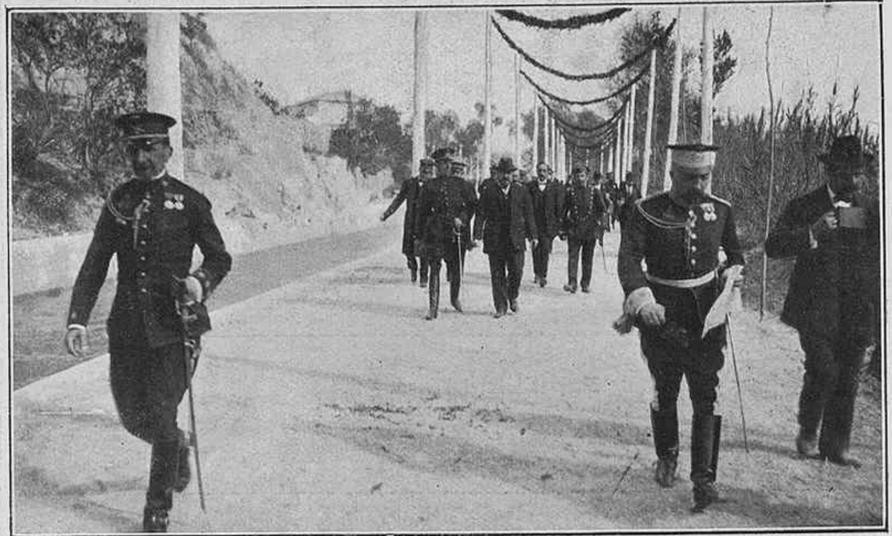
Desde allí, encaminóse la comitiva otra vez a la estación y en un carruaje a la gran Daumota fué S. M. a la Catedral, siendo aclamado por el inmenso gentío que llenaba las calles de la ciudad. En la Catedral cantóse un solemne *Tedeum*, después de lo cual el Obispo presentó al Rey la Santa Cinta que el monarca besó.

Terminada la ceremonia religiosa, S. M. se dirigió a las Casas Consistoriales, en donde se celebró una recepción a la que asistieron gran número de alcaldes, concejales y propietarios del distrito.

Desde las Casas Consistoriales, la comitiva marchó en au-



El presidente de la Real Compañía de Canalización y Riegos del Ebro leyendo su discurso en el acto de descubrir la lápida dedicada a la memoria del ingeniero D. Rafael Izquierdo.



S. M. dirigiéndose al embarcadero de la presa de Tivenys para atravesar el río en una canoa automóvil

que prestó singular realce la presencia de S. M. el rey don Alfonso XIII, quien, acompañado del ministro de Fomento Sr. Villanueva, en representación del gobierno, quiso asociar su nombre a una obra de tanta importancia y que ha de ser fuente de riqueza y de prosperidad inmensas para una vastísima comarca, convirtiendo en campos productivos tierras hasta hoy yermas.

S. M. y su séquito salieron de Madrid en la tarde del día 4 y a las siete y media de la mañana siguiente llegó a Zaragoza, en donde se juntó al convoy real el tren que procedente de Barcelona conducía a distinguidas personalidades de esta capital invitadas por la Real Compañía de Canalización y Riegos del Ebro y por la Comunidad de Regantes Sindicato Agrícola del Ebro, constructora y concesionaria respectivamente del canal que iba a inaugurarse.

Saludaron a S. M. en Tarragona las autoridades, y el numeroso público que llenaba el andén aclamó con entusiasmo al monarca.

Poco después el tren regióse en marcha en dirección a Amposta. En las estaciones de Cambrils y de la Ampolla S. M. recibió a las autoridades y fué ovacionado, como en todas las del trayecto.

A su llegada a Amposta fué recibido el Rey por el Ayuntamiento, por los representantes de la Real Compañía y de la Comunidad y por un inmenso gentío, que le tributó una ovación estruendosa.

Desde la estación, y en automóviles, dirigióse la comitiva al Partidor del canal, en donde se celebró una misa de campaña, que el Rey, sus acompañantes y las personas oficiales oyeron desde una tribuna. El pabellón y la tribuna habían sido instalados con exquisito gusto por los reputados artistas Sres. Moragas y Alarma.

Terminada la misa, el Rey abrió las compuertas del canal

partes. Después de la salutación del alcalde, Su Majestad revistó la compañía que le había tributado los honores y dirigióse, con toda la comitiva, a inaugurar la lápida que la Real Compañía y la Comunidad han dedicado a

tomóviles al pueblo de Tivenys. En la antigua fábrica de González, que estaba suntuosamente decorada por los señores Moragas y Alarma, sirvióse un espléndido almuerzo a más de doscientos comensales. En un estrado había la mesa presidencial, en cuyo centro sentóse el monarca quien tenía a su derecha al ministro de Fomento y a su izquierda al Sr. Zulueta; los demás sitios los ocupaban autoridades, senadores, diputados, personajes palatinos y otras distinguidas personalidades. Al final del banquete el señor Romañá, en nombre de la Real Compañía, pronunció sentidas frases de gratitud al soberano, y el ministro contestó con un elocuente discurso.

Trasladóse luego el monarca en canoa automóvil al otro lado del río, en donde visitó algunas obras del canal de la derecha, y emprendió después el regreso a Tortosa y a Roquetas en cuyas Casas Consistoriales se celebró una recepción. Desde allí marchó al Observatorio del Ebro, que dirigen los Padres Jesuitas, siendo saludado por el P. Provincial José Barrachina con un elocuente y sentido discurso. S. M. visitó detenidamente todos los pabellones del magnífico Observatorio, y terminada la visita dirigióse a Tortosa para tomar el tren que debía conducirle a Madrid.

Don Alfonso mostróse satisfechísimo de su excursión y tanto él como el Sr. ministro de Fomento y todos los que a la expedición concurren no ocultaron su admiración por la importancia de la obra inaugurada ni escasearon sus elogios para los que la han llevado a cabo y muy especialmente para D. Francisco de P. Romañá, de quien puede decirse que ha sido el alma de la empresa.

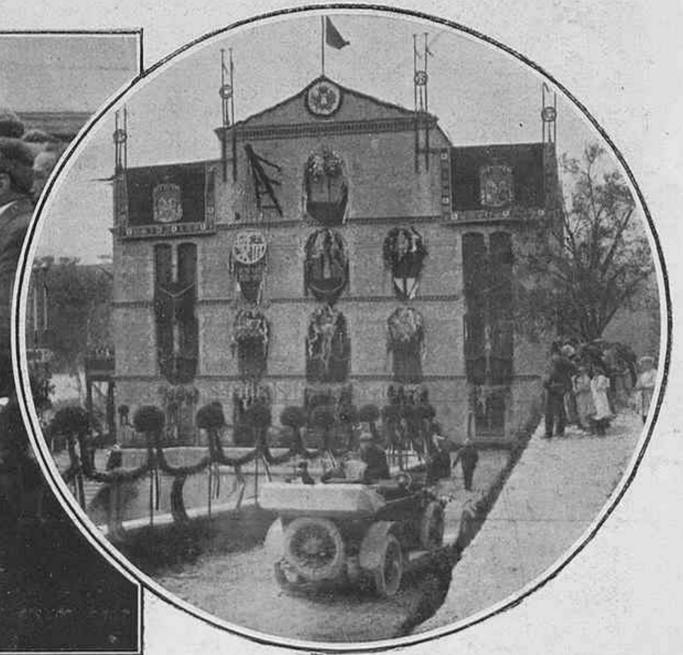


S. M. desembarcando después de haber visitado la esclusa de Cherta y la toma de aguas del canal de la derecha

la memoria del ilustre y malogrado ingeniero D. Rafael Izquierdo, que murió hace un año sin haber podido ver concluida la grandiosa obra por él proyectada.

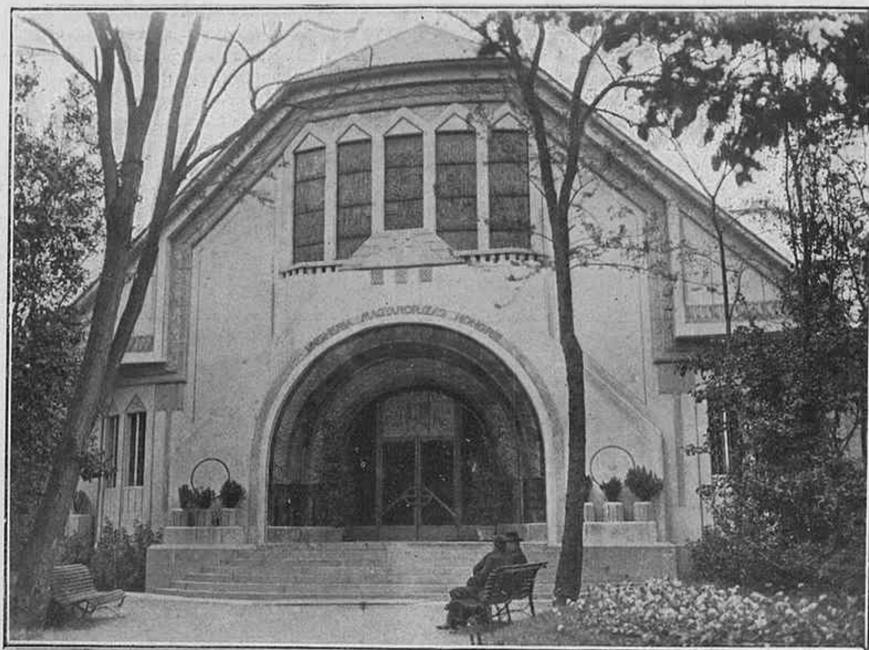


S. M. en el Observatorio del Ebro, de los PP. Jesuitas, en la ciudad de Roquetas. El Provincial de los Jesuitas, P. Barrachina, saludando al monarca



Antigua fábrica de González, en Tivenys, donde se sirvió el banquete a S. M. y a los invitados

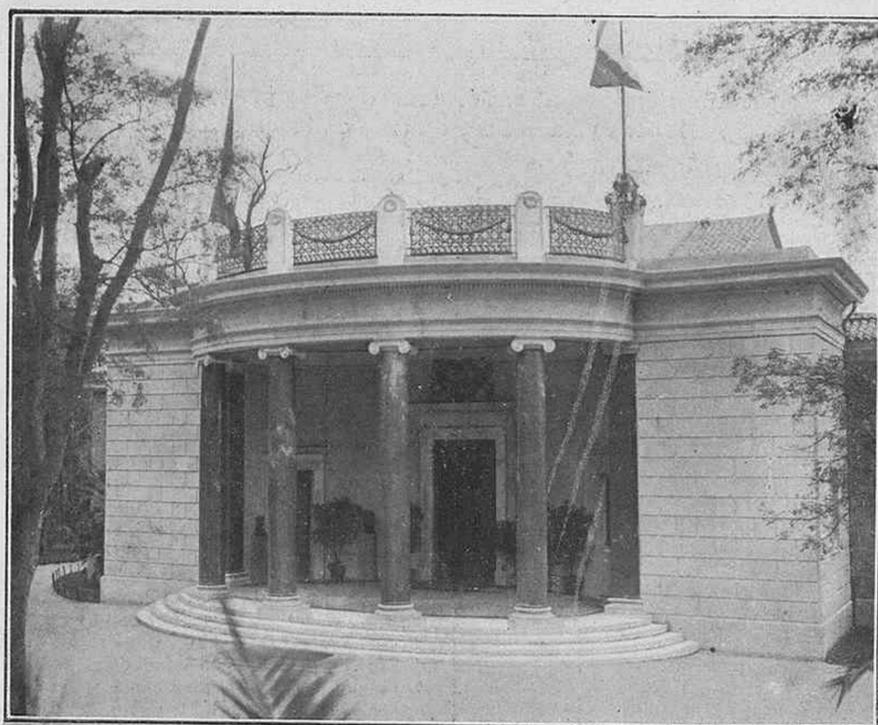
VENECIA.—EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE BELLAS ARTES



Pabellón de Hungría



Pabellón de Alemania



Pabellón de Francia



Pabellón de Inglaterra

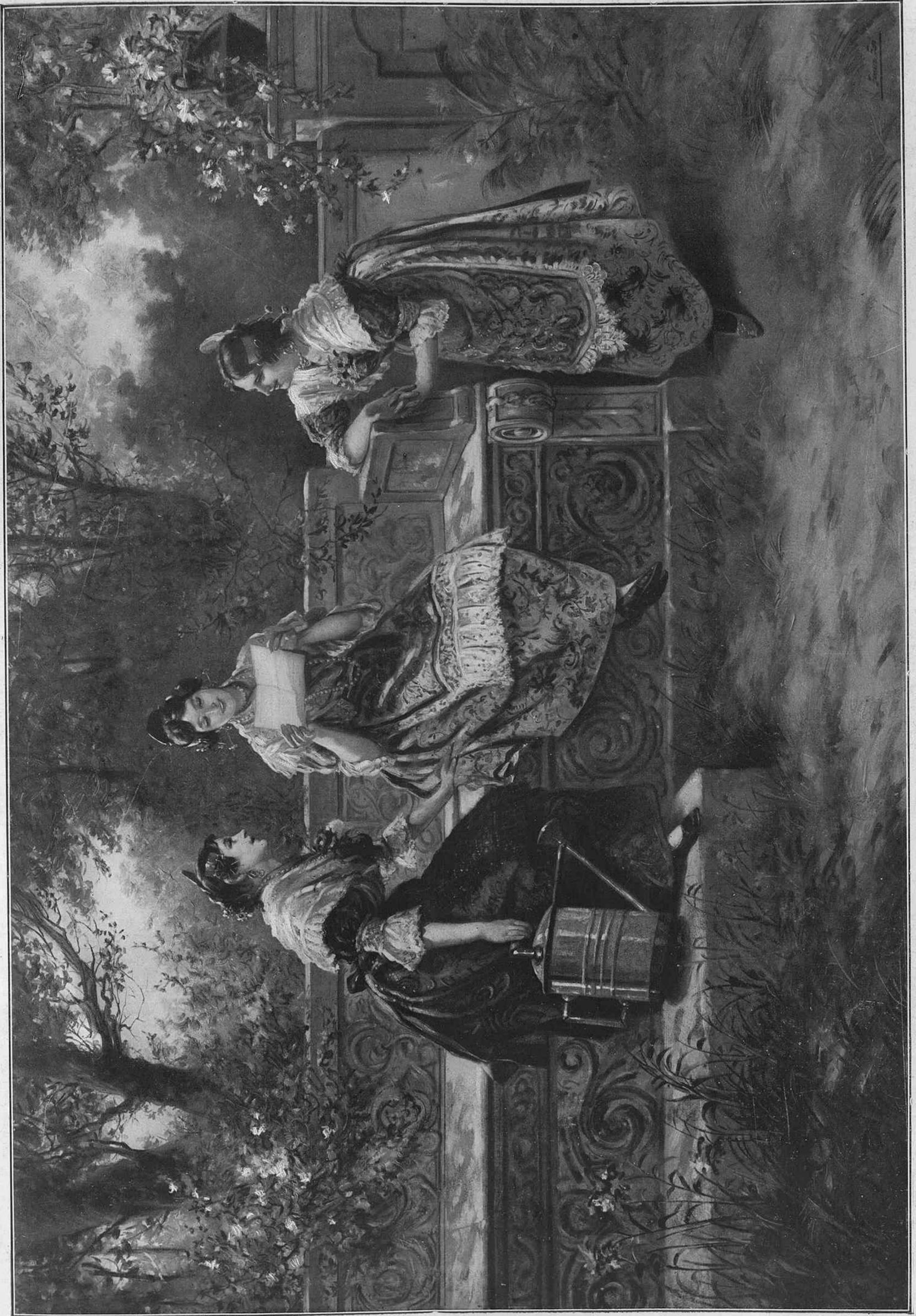


Pabellón de Bélgica



Pabellón de Suecia

(De fotografías de Argus Photo-Reportage.)

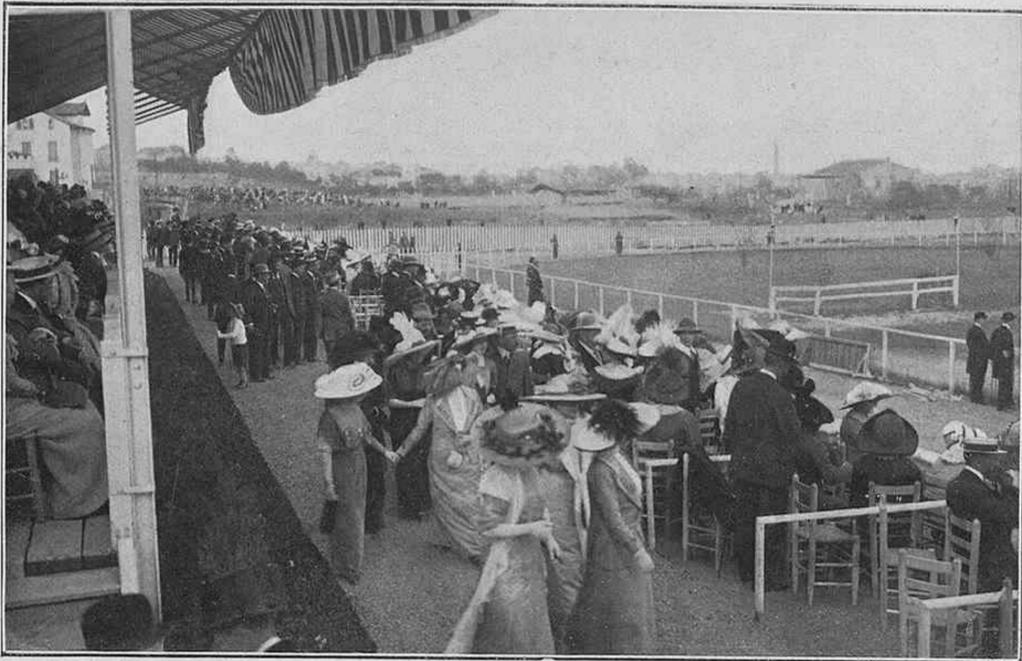


BUENAS NOTICIAS, cuadro de Sánchez Solá. (Galería Robira.)

BARCELONA. — FIESTA HÍPICA

El domingo día 5 de los corrientes celebróse una fiesta hípica organizada por las sociedades Real Polo Club e Hípica

sificación y se dió una copa a cada equipo; los gimkanas hicieron las delicias del público por los incidentes cómicos a que dieron lugar.



Barcelona.—Fiesta hípica a beneficio de los heridos y de las familias de los muertos en campaña.—Las tribunas

de Barcelona, en unión del elemento militar de esta plaza, a beneficio de los heridos y de las familias de los soldados muertos en la campaña de Melilla.

La fiesta tuvo lugar en los terrenos que las dos mencionadas sociedades poseen en la carretera de Sarriá y a ella asistió una concurrencia tan numerosa como distinguida, en la que figuraban las familias más conocidas de la alta sociedad barcelonesa.

Comenzó el festival por un *carrousel* ejecutado por 24 sol-



Barcelona.—Monumento al ilustre poeta valenciano Teodoro Llorente, obra de Eusebio Arnau, erigido en el Parque y solemnemente inaugurado el día 5 de los corrientes. (Fotografía de nuestro reportero Merletti.)

dados de los regimientos de caballería de Santiago, Montesa y Numancia, que efectuaron con admirable precisión varias figuras, todas ellas aplaudidísimas, especialmente la del monograma de S. M. el rey, o sea A. XIII, con que terminó el ejercicio.

Corrióse luego la carrera de cintas, en la que tomaron parte 15 jinetes, ganando los dos premios ofrecidos por la Junta de señoras el capitán Sr. Mota, el primero, y el teniente señor González Jaime, el segundo.

Después se efectuó la prueba de obstáculos para amazonas, acompañadas de caballeros; siete fueron las señoritas que la realizaron, obteniendo todas ellas muchos aplausos.

Completaron el programa el asalto a sable entre dos equipos de cinco jinetes cada uno, con distintivos rojo y amarillo respectivamente, y los gimkanas. En el asalto no se hizo cla-

resultados bajo todos conceptos. Hubo, además, en ella una nota en extremo simpática: los 24 soldados que tomaron parte en el *carrousel* no quisieron admitir la gratificación que se les había destinado, manifestando que la cedían para el objeto de la fiesta, es decir, para sus compañeros de armas heridos y para las familias de los muertos en campaña.

BARCELONA. — MONUMENTO A LLORENTE

Terminados los Juegos Florales, de los que damos cuenta en otro lugar de este número, la comitiva oficial encaminóse al Parque para inaugurar el monumento erigido a la memoria del ilustre poeta valenciano Teodoro Llorente.

El Sr. Matheu, de la comisión, hizo entrega del monumento a la ciudad de Barcelona, pronunciando con este motivo un discurso encomiástico del autor de *La Barraca*. El alcalde Sr. Sostres contestó agradeciendo en nombre de Barcelona la cesión del monumento y dedicando también los más laudatorios conceptos al insigne vate.

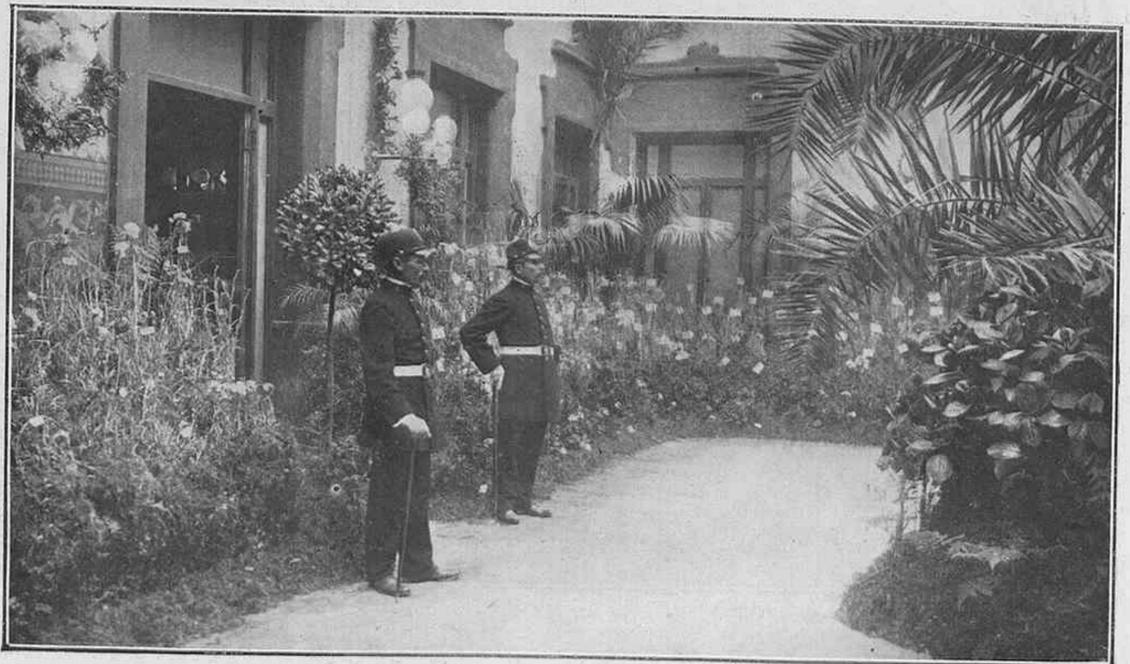
Terminado este discurso, que como el del Sr. Matheu fué muy aplaudido, la Reina de los Juegos Florales recorrió la bandera que cubría el busto, prorrumpiendo entonces el público en calurosos vivas a Valencia y a Barcelona.

Después, el Centro Valenciano depositó al pie del monumento una artística corona, dándose con ello fin al acto entre nuevas y entusiastas aclamaciones.

El monumento es obra del celebrado escultor barcelonés Eusebio Arnau; el busto de Llorente, de admirable parecido, álzase sobre una esbelta columna, en cuyas cuatro caras hay las siguientes inscripciones: 1836, fecha del nacimiento; 1911, fecha de la muerte; *Valencia y Teodor Llorente*.

BARCELONA. — EXPOSICIÓN DE FLORES

Organizada por el Sindicato Hortícola de Barcelona se ha celebrado en el Fomento del Trabajo Nacional una exposición nacional de rosas, gardenias, claveles, geráneos y peonías. En este certamen, a cuya inauguración asistieron el obispo de la diócesis Dr. Laguarda y representaciones del Ayuntamiento, de la Diputación y de otras varias corporaciones y entidades, había gran variedad de flores, algunas muy raras y preciosas artísticamente combinadas en bellísimos parterres. Los premios han sido adjudicados a D. José Bisbal, a D. Ignacio Comillas y a D. Pedro Rifé.



Barcelona.—Exposición de flores organizada por el Sindicato Hortícola y celebrada en el Fomento del Trabajo Nacional. (De fotografía de Brangulí.)

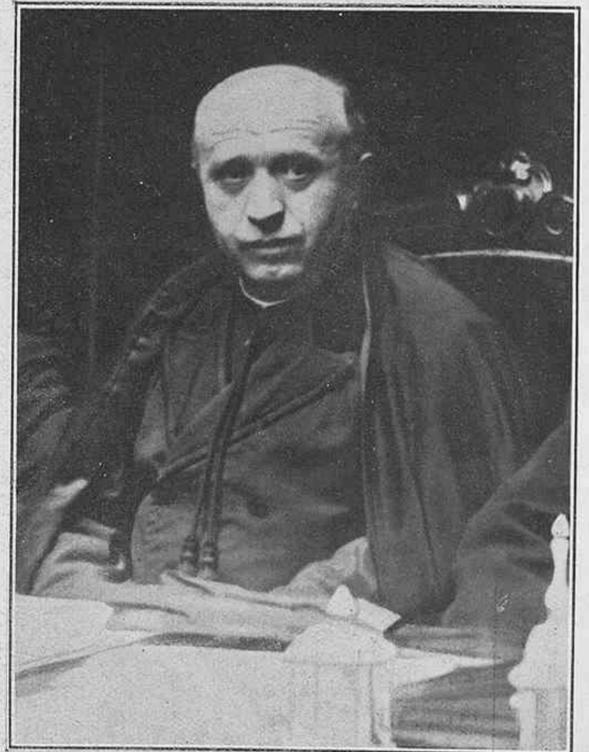


Carrera de obstáculos para amazonas (De fotografías de Brangulí)

La fiesta, en resumen, fué interesante, pintoresca y en extremo lucida. Sus organizadores pueden estar satisfechos de sus

EL P. ZACARÍAS MARTÍNEZ

El Centro de Defensa Social de Madrid ha organizado una serie de conferencias eclesíásticas en teatros, la primera de



El P. Zacarías Martínez, que ha dado una notable conferencia sobre «La mujer» en el teatro de la Comedia de Madrid. (De fotografía de Asenjo y Salazar.)

las cuales efectuóse en el de la Comedia y estuvo encomendada al P. Zacarías Martínez. Este sabio agustino disertó sobre el tema «La mujer», estudiando el papel de ésta en la historia de la humanidad, demostrando que sólo el cristianismo la ha dignificado y probando la influencia que ejerce en la vida moral de los pueblos.

MATRIMONIO SECRETO

NOVELA ORIGINAL DE PABLO BERTNAY.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA. (CONTINUACIÓN.)



Manuela y Rolanda no se fijaron en dos hombres que había parados enfrente de la puerta de su casa

—¡Todo esto porque entro en un colegio!.. Mamá y la señora Lecoutellier han perdido el juicio.

Miró luego en torno suyo y preguntó asombrada:

—¿Dónde está Rosalía?

La criada estaba poco antes allí y aun había trabajado mucho con Manuela, ayudando a ésta a hacer los paquetes que los mozos de cuerda irían a recoger, después de haberse marchado las que se llevaban consigo la juventud, la vida, la alegría de aquella casa. Pero ahora había desaparecido. Cuando hubo ido a buscar el coche que debía conducir a la niña a Neuilly, cuando comprendió como el condenado a muerte, que había llegado la hora, habíase apresurado a ocultarse donde no pudieran encontrarla, para llorar allí a sus anchas sin que nadie la viera.

Y al fin llegó la noche de aquel día de desolación. Claudio llegó a su casa radiante de alegría y de esperanza. Su madre, sola, afligida entrególe una carta.

—¿Qué carta es ésa?, preguntó. ¿Y Manuela, y Rolanda?

—Lee, hijo mío.

Claudio leyó sin comprender, al pronto, pero luego se hizo cargo de la situación. Y mientras, con la cabeza entre las manos, veía destruidos sus ensueños y asistía al naufragio de su amor, el primero y, como había dicho a Manuela, el único que iluminaría su existencia, su madre le habló lenta, gravemente y con un cariño infinito. Cuando ésta hubo hablado, aun permaneció él largo tiempo inmóvil, silencioso; la anciana, muda también, respetaba aquel dolor que no se exhalaba en lamentos ni en lágrimas.

Al fin levantó la cabeza, en la que las arrugas de la frente parecían haberse ahondado y los ojos de acero brillaban con brillo más metálico y, señalando la carta, dijo a su madre:

—Tiene razón Manuela. Nuestra juventud ha concluído; volvamos al trabajo.

En tanto, Manuela pasaba su primera noche en el pisito de la avenida de los Ternos. Una noche de soledad y de desconsuelo. ¡Ah, cuán perdida se veía en la ciudad inmensa! ¡Cuán perdida se veía en la vida la que nunca se llamaría más que señora Casteras!

SEGUNDA PARTE

LOS PRETENDIENTES DE ROLANDA

I.—DOS ANTIGUOS CONOCIDOS

Han transcurrido diez años sin grandes emociones y sin grandes aventuras; diez años que han pesado muy poco sobre Manuela de quien ahora se diría que es la hermana mayor de la hermosa joven en cuya compañía se la ve todas las mañanas salir de la avenida de los Ternos para ir, como en otro tiempo, a pasar casi todo el día en Neuilly.

Pero si Manuela apenas ha variado, ¡cuán transformada, en cambio, encontramos a Rolanda! La niña de seis años es ahora una exquisita joven de diez y seis, llena de encantos y de una belleza original; belleza heredada de su madre, de la que es, aun

más que antes, el vivo retrato. Tiene, como Manuela, ese cutis ambarino que, bajo la diadema de sus cabellos negros, presta a su palidez mayor calor y más transparencia; tiene los mismos ojos aterciopelados, la misma boca de labios purpurinos, la misma sonrisa que deja al descubierto unos dientes admirables. Es, sin embargo, algo más baja; pero una joven a los diez y seis años puede crecer todavía; y cuando sean iguales de estatura como lo son de facciones, de aire y de ademanes, será difícil distinguir, a algunos pasos, a la muchacha de diez y seis años de la señora que ha pasado ya de los treinta.

Rolanda había salido ya del pensionado de Neuilly, después de haber terminado brillantemente sus estudios, sobre todo sus estudios musicales para los que, desde el primer día, había demostrado tan notables aptitudes que el señor Lefevre-Conty, el viejo profesor del Conservatorio que dirigía las clases de piano del pensionado Richault-Darbón, había dicho:

—No he visto nunca tanta disposición y sería un crimen no impulsar a esa niña por una senda tan perfectamente indicada.

Manuela, a fuer de madre inteligente y previsora, había impulsado a Rolanda, o, más bien, la había dejado que se dedicase más especialmente a un estudio por el que de niña había mostrado desde luego gran afición y que, ya joven, había continuado cultivando apasionadamente; así cuando llegase el día de la lucha por la existencia, aquellos estudios constituirían un arma para su pobre hija que no tenía derecho, como ella misma, a contar más que con su energía y su mérito.

Por otra parte, los acontecimientos habían dado casi inmediatamente la razón a la madre de Rolanda. La señora Richault-Darbón, después de haber hecho una regular fortuna, había cedido su colegio a otra directora, la señora de Laferté, y se había retirado al Jura, su país natal. La señora de Laferté habíase apresurado a conservar a Manuela, designada como uno de los mejores profesores de la casa, pero se había mostrado contrariada al saber lo que por su pensión pagaba Rolanda. Y Manuela había comprendido que sería tan indiscreto como torpe hacer durar aquella educación y aquella pensión

más de lo estrictamente necesario. Y aun le preocupaba ya para el porvenir la obligación de dejar en casa y sola a una muchacha tan joven mientras ella se vería precisada a correr todo el día entre la avenida de los Ternos y Neuilly.

Pero esta vez la suerte les fué propicia. Un día, al salir juntos del pensionado, el señor Lefevre-Conty había dicho a Manuela:

—Buenos días, señora Casteras. ¿Sabe usted que cada día estoy más contento de la señorita Rolanda?

—Le gusta tanto el piano y quiere tanto a su profesor...

—¡Ah, si hubiese usted puesto sus miras en el Conservatorio!

—No, no, contestó Manuela riendo; no ambiciono hacer de mi hija una artista.

—¡Si ya lo es hasta la médula de los ojos!

—Quiero decir artista de profesión. Además, en el Conservatorio no tendría otro maestro que usted, y ya le tiene ahora.

—Pero la consagración, la estampilla oficial...

—¡Para qué! Si algún día ha de enseñar piano...

—¿Consentiría ella en enseñar?

—Es menester que trabaje..., como yo.

—Pues bien, hablando con franqueza, pensando esto mismo he hablado a usted de su hija. ¿Quiere usted que la proponga como auxiliar mía?

—¿Aquí?

—Ciertamente y aseguro a usted que si yo la recomiendo no tomarán otra. Además a mí me vendría al pelo. Rolanda tiene todas mis tradiciones; todo en ella procede de mis teorías y de mi mecanismo, y en caso necesario podría suplirme. ¿Le conviene a usted?

—¡Ah, cuánto nos gustaría!

Y cuando, al día siguiente había hablado de aquello a Claudio (porque generalmente salía dos veces por semana con la asistente de Manuela para ir a dar un abrazo a la señora Lecoutellier y a su buen amigo) éste le había manifestado su absoluta conformidad.

Y de este modo Rolanda había llegado a ser profesora auxiliar de la clase de piano.

He aquí por qué todas las mañanas se la veía ir a Neuilly en compañía de su madre a quien se asemejaba cada vez más hasta el punto de parecer su hermana menor.

Aquella mañana, Manuela y Rolanda, al salir a la avenida de los Ternos no se fijaron en dos hombres que había parados enfrente de la puerta de su casa y que las siguieron atentamente con los ojos hasta que las perdieron de vista. Los dos individuos que pasaban seguramente de los cuarenta eran muy diferentes el uno del otro. Uno de ellos, de rostro bronceado, como curtido, con fibrillas sanguíneas en las mejillas y sobre todo debajo de sus ojos encogidos, tenía el aspecto de un antiguo militar; de pelo rojo y de elevada estatura, aun parecía querer exagerar aquel aspecto con su porte y sus ademanes. Vestía con cierta elegancia, llevaba sombrero de copa, de anchas alas, inclinado sobre la oreja, a lo viejo calavera, y ostentaba una porción de joyas de mal gusto, como gruesa leontina, alfiler de corbata, sortijas y grueso bastón con puño de oro, a propósito para poner a cualquiera en guardia contra un hombre que hacía alarde de aquel lujo brutal. Pero tenía, en suma, buena presencia, con su bigote retorcido, al que numerosos pelos blancos daban ese color de sal y pimienta característico de los rubios que desde hace tiempo han empezado a encanecer.

El otro, de aspecto menos arrogante, de porte menos correcto, y no tan bien trajeado, tenía, en cambio cierta elegancia desaliñada que denotaba en él pretensiones mal disimuladas a la duración indefinida de esa segunda juventud que no empieza desgraciadamente hasta que la primera, la verdadera, está lejos. Era moreno con ese cutis descolorido y mate de los noctámbulos; sus bigotes tenían un color demasiado igual para no ser efecto de la química; y llevaba un chaleco muy abierto, un pantalón negro, zapatos charolados, levita de color y sombrero de fantasía.

—Supongo, dijo el moreno al otro con una familiaridad desconcertante, pues no parecían los dos de una misma clase social ni eran seguramente iguales en posición ni en fortuna, supongo que estarás contento; ya has visto que la muchacha está bien.

—Y es muy linda.

—Como la madre.

—Con veinte años menos.

—Esos veinte años no me asustan y ten por seguro que si la madre quisiera...

Y al decir esto guiñó los ojos como un profesional del amor, como un coquetón acostumbrado de tiempo a las conquistas más inesperadas.

—Pero la madre nos tiene sin cuidado, replicó el otro encogiéndose de hombros.

Y señalando al grupo de las dos mujeres que se alejaban añadió:

—Nuestra fortuna está allí; pero quien la lleva consigo es la chica.

—Dime Victorino, ¿vamos a dejar por mucho tiempo que la lleve sola?

—No.

—Y no nos habremos apresurado, por cierto. Hace quince años lo menos que estamos esperando.

—Di más bien diez y seis..., pronto diez y siete.

—Lo que es algo más de ocho días.

—¿Pero crees que espero por gusto?

—No; conozco tu corazón... Pero, en fin, tú has prosperado en el entretanto; en tus tarjetas te pones «vizconde de l'Orme» y en tu bolsillo hay siempre billetes de banco, que no sé de dónde sacas.

—Esta es cuenta mía...

—En otros términos, que me meto en lo que no me importa, conformes. Pero en resumidas cuentas, tú puedes esperar al paso que yo...

—Tú también, que no te va tan mal en la Raedera.

—¡Ay, amigo mío! ¡Si supieras lo que cuesta escamotear una miserable ficha de cinco luses! Y luego estar siempre pensando que la primera vez que le cojan a uno con las manos en la masa será la última y entonces, ¡adiós mi amor! Sí, ¡adiós mi amor! Porque mis asuntos con Francina no van muy bien que digamos y el día en que sólo pueda ofrecerle cariño a secas...

—¿Se ha vuelto práctica la chica?

—Lo ha sido siempre, pero hace diez años bien puedo suponer que tenía yo mis atractivos...

—Que ya no tienes, pobre Tres Zarpas.

—¿Conque es verdad que estoy tan ajado?, exclamó Madeleur con acento afligido.

Delorme no pudo menos de reirse.

—Con luz artificial, cuando llevas tu *smoking* y sales de la peluquería aún puedes ilusionar, pero de día..., por la mañana sobre todo..., ¿Conque Francina?..

—No me hables de ella; figúrate que ahora le da por enloquecer por el primer mequetrefe que la corteja.

—Es la edad... Ya no es tan joven como esto la bella Francina.

—Treinta y cuatro años cumplidos.

—Y los años de campaña se cuentan dobles.

—Pero no importa, cada día está más soberbia.

—Y tú con ella cada día más imbécil.

—¡Qué quieres! Hay que resignarse con lo que no se puede evitar... Si yo protestase, me mandaría a freir espárragos, y yo sin ella no podría vivir... Esa mujer...

—Sí, es soberbia ya me lo has dicho; pero más soberbio es nuestro negocio que ahora está en su madurez.

—¿De veras?

—Enteramente maduro, a punto de caer.

—Con tal que caiga en nuestro bolsillo.

—Para esto es preciso trabajar de firme.

—¿De modo que va a empezar la partida?

—Y es preciso jugar a golpe seguro, aun más que en la Raedera.

—¿Pues qué novedad ocurre?

—Que ayer murió el conde de Aspremont.

—Y por esto has venido a sacarme de la cama con la aurora, como quien dice...

—En efecto. Desde ayer, esa linda joven a quien hemos visto pasar hace un momento es la heredera universal del viejo.

—A no ser que éste haya hecho testamento.

—Cosa que pronto sabremos.

—Lo que sería una gran contrariedad.

—¡Bah! A lo más habría podido arrebatarle la mitad de su fortuna. De modo que esa joven posee hoy tres o cuatro millones perfectamente suyos.

—Sólo que no los tiene aún en el bolsillo.

—Los tendrá cuando yo quiera.

—Sí, ya lo sé. ¿Y cuándo querrás?

—El día en que esos millones estén en su bolsillo como si estuvieran en el mío.

—Supongo que no tratas de pedirla en matrimonio.

Y devolviendo a Delorme la broma de que antes éste le había hecho objeto, añadió:

—No digo que no estés bien conservado, pero..., de todos modos necesitarías otro físico.

—Hay momentos en que eres tonto, dijo Delorme encogiéndose de hombros.

—Pero por fortuna los hay en que no lo soy.

—Pues procura hallarte ahora en uno de éstos.

—Habla.

—Tan pocas ganas tengo de que esa joven me dé calabazas, que no pienso sino en encontrarle un ma-

rido tal como ella pueda soñarlo; y para esto he contado contigo...

—¿Qué dices?

—Sí, para que me ayudes.

—¿De modo que fundamos una agencia matrimonial?

—Limitada a una sola operación: el casamiento de la señorita...

—¿De la señorita de Aspremont?

—No, Madeleur, de la señorita Casteras, lo cual no es lo mismo.

—Y sin embargo es la misma persona.

—Con la diferencia de que la señorita de Aspremont tiene cuatro millones y pertenece a una familia ilustre.

—Un partido soberbio.

—Pero una familia y una dote de este calibre hacen a cualquier muchacha muy exigente y sugieren a la madre la idea de otorgar contratos matrimoniales tan complicados, que, aun en el caso de encontrarle el mirlo blanco de sus ensueños, los millones no vendrían a parar a nuestras manos.

—¡Mala cosa!

—En cambio la señorita Casteras no tiene un céntimo ni más familia que la buena señora que la acompañaba hace un momento...

—Y se gana la vida con mucho trabajo.

—¿Crees, pues, que se mostrará tan exigente como la señorita de Aspremont cuando se vea solicitada por un guapo mozo que le agrade y le ofrezca generosamente compartir con ella una posición desahogada, en la que todo lo aportara él?

—Se sentirá entusiasmada, y la mamá también. Está indicado.

—Y está indicado asimismo que a nadie se le ocurrirá discutir el contrato de una joven que no tiene un céntimo de dote... El novio, dando pruebas de admirable generosidad, declarará que quiere..., que exige el régimen de la comunidad de bienes; que hace inmediatamente a su querida esposa dueña irrevocable, lo oyes bien, irrevocable de la mitad de su pequeña fortuna, de la de él...

—Y que le hace a él propietario no menos irrevocable de la inmensa fortuna de ella, cuando, al día siguiente de la boda, se averigüe, por casualidad, que ella posee una gran fortuna...

—Explicas el asunto admirablemente.

—Pues bien, explícame tú ahora otra cosa.

—¿Cuál?

—Hemos aguardado a que la niña estuviese en edad de casarse perfectamente; pero, ¿qué podía importarnos que el viejo conde de Aspremont viviera o hubiera muerto? Si la muchacha es su nieta, si los documentos que tú posees lo demuestran de un modo irrefutable, no podía despojarla de la mitad de la herencia a que tiene derecho.

—Madeleur, vuelves a estar tonto.

—Puede ser; razón de más para que me expliques...

—Si el conde de Aspremont, vivo aún, hubiese visto que esa nieta de América se le presentaba del brazo de un caballero escogido por nosotros y que acaso no hubiera sido de su gusto, habría empezado por desnaturalizar, por hacer desaparecer todo lo que hubiese podido de su fortuna y luego, en cuanto a lo que no hubiera podido escamotearnos, habría hecho un testamento desheredándonos de la mitad de su fortuna. En cambio, ahora ha muerto tranquilo, persuadido de que no existía ningún descendiente Aspremont y seguro de que aquella Casteras a quien había arrojado de su casa hace diez y seis años, había ido a buscar fortuna en otra parte o se había suicidado. Y sobre todo bien convencido de que no existían ahora pruebas del matrimonio de su hijo como no las había en aquel entonces, y segurísimo, te respondo de ello, de que aquel supuesto matrimonio sólo se había efectuado en la imaginación de la mujer que un día había intentado explotarlo.

—Todo eso es evidente.

—Y siendo así, como no tenía más hijos que un heredero...

—Ese Lorgerac; ¿no es cierto?

—¿Para qué hacer testamento? Y tú verás pronto, añadió con acento de seguridad, que no lo ha hecho.

—En el cual caso la dote de la chica ha duplicado.

—La dote, sí, y por consiguiente nuestra fortuna.

—¡Nuestra fortuna!.. Esto si el esposo no encuentra mejor quedársela para él solo.

—Vuelves a estar tonto.

—¿Por qué?

—Porque ese esposo lo habremos escogido nosotros y no podrá negarnos nada.

Tres Zarpas miró asombrado a Delorme.

—Tal vez no estoy a tu altura, dijo, pero me parece que pecas algo de cándido.

—¿De veras?

—Vamos a ver. A ese muchacho le haces firmar un compromiso; si ya sé que esto se hace en las fábricas de matrimonios. Pero cuando llega la hora de saldarse la cuenta no saldará nada y entonces será preciso llevarle a los tribunales, que nos desahuciarán declarando que la causa de la obligación es inmaterial...

—Continúa, hombre, continúa.

—No puedes negarme esto que te digo. Todos los días vemos a pobres diablos casamenteros que han sudado la gota gorda para unir a un tuerto con una jorobada y que, al pedirles luego un miserable cinco por ciento, se quedan sin cobrar un céntimo. Y quienes que nosotros, que reclamaremos el cuarenta..., quizás el cincuenta por ciento...

—Es poco; quiero más que esto.

Madeleur le miró con estupefacción rayana en atontamiento. Lo que Delorme le decía tan fríamente tenía todas las trazas de una locura; pero por otra parte, sabía perfectamente, desde hacía mucho tiempo, que su compinche era listo como pocos; así es que le contestó humildemente:

—No me impacientes más y haz el favor de decirme cómo te las compondrás con el joven en cuestión.

Entonces Delorme, en el tono del jefe que explica a un subalterno una maniobra difícil y delicada, habló así a Madeleur:

—En tu círculo ves mucha gente...

—¡Ya lo creo!

—Entre esa gente habrá individuos de todas calañas: jóvenes, viejos, inocentes, pícaros, puntos fuertes y puntos desplumados.

—Todos acaban por ser de estos últimos.

—Corriente, pero mientras se los despluma, tu oyes muchas cosas junto a la mesa de juego.

—¡Y tantas cosas como oigo!

—Y eres bastante listo para descubrir allí el hombre a quien busco.

—Veamos las señas personales.

—Ha de ser un muchacho de buena familia, joven..., de más de veinticinco años.

—¿Por qué de esta edad?

—Para no tener dificultades con sus padres en el momento del matrimonio.

—Ya, para lo del consentimiento.

—Sí. Un muchacho bastante guapo y buen mozo para trastornar la cabeza de una chica.

—¡Algo así como un Lindoro o un Romeo!

—Un muchacho, sobre todo, tan falto de escrúpulos como de dinero, dispuesto a todo, capaz de todo para proporcionarse recursos.

—Un sinvergüenza, en una palabra. No es difícil encontrar hombres así.

—Pero no olvides que ha de ser de buena familia, esto es esencial.

—¡Oh, también ésos abundan!

—Pues bien el día que lo encuentres...

—¿Le enviaremos a dar serenatas a la bella?

—No tan pronto.

—Es verdad, primero hay que hacer el arreglo con él.

—Tampoco esto.

—¿Pues entonces, qué?

—Ante todo, la canallada.

—¿Qué te propones hacer?

—¡Imbécil! La canallada no la haremos ni tú ni yo, sino él, él solo; y no una canallada vulgar, sino algo que valga la pena, algo que mantenga suspendidos sobre su cabeza, durante diez años por lo menos, al procurador de la República, al tribunal de los Assises y a todo lo que de esto se deriva.

—Comienzo a comprender...

—Menos mal.

—Vamos sí, la artimaña del cadáver.

Y para demostrar a Delorme que se había hecho perfectamente cargo, añadió en tono de zumba:

—«En la existencia de usted hay un cadáver; si no anda usted tan derecho como yo quiero, lo desentierro y le dejo a usted que se las entienda con los gendarmes que no tardarán en encontrarle.»

—¿Y no te parece que esto vale más que un compromiso en papel sellado?

—Sobre todo quita a nuestro joven las ganas de hacer intervenir a la justicia en nuestros asuntos.

—Y si soy yo quien explota lo del cadáver...

—De antemano sé que lo harás bien.

—¿Crees, pues, que obtendré algo más del cincuenta por ciento?

—Creo que, si te empeñas, obtendrás el ciento por ciento. Pero lo difícil no es explotar el cadáver...

—¿Es fabricarlo, verdad?

—Sí y fabricarlo de tal manera que nadie más sepa que exista ni pueda utilizarlo.

—Tú encuéntrame al joven.

—¿Y cuando lo haya encontrado?

—Yo le proporcionaré la canallada, lo que pueda llevarle al tribunal de los Assises.

—¡Se la proporcionarás! Falta que él quiera hacerla.

—Fíate de mí; la hará sin hacerse de rogar.

—En el cual caso...

—Lo que tú decías..., el ciento por ciento.

II.—EL CEBEO

Pocos días después, la partida del gran salón del Internacional Club estaba animadísima. Desde hacía una semana, un egipcio, Bulak-bey, tallaba con banca abierta y perdía su dinero con esa soberbia indiferencia de los hijos del profeta que resumen los altos y bajos de su suerte en esta frase: «¡Estaba escrito!» Ocho días antes era enteramente desconocido de los que ahora se estrujaban por apuntar en su mesa y repartirse lo que tan complacientemente sembraba en el tapete verde. Si la suerte cambiaba, todos aquellos puntos tendrían que contentarse con tratarle de fullero, cosa que no sería del todo inverosímil, y con declarar que decididamente no podían ponerse los pies en un garito como el del bulevar de la Buena Nueva, declaración un tanto desmentida por el afán con que allí acudían entonces.

Porque allí había aquella noche, sin contar con los parroquianos de la casa, toda esa pandilla que invade los garitos cuando se juega fuerte, cosa que se sabe en seguida entre los jugadores. Y como en el Internacional Club se jugaba fuerte desde hacía algunos días, apretujábase una gran multitud en torno de la mesa de bacará.

Bulak-bey, hombre grueso, con anteojos, de mirada apagada, con un cigarro siempre en un ángulo de la boca y cubierta su cabeza con el fez, manejaba los naipes con sus dedos carnosos y decía con voz estropajosa: «Doy carta.» Y después de haberse echado la suya, que casi siempre le hacía perder, añadía: «Pago los dos paños.» Al oír esto Madeleur, croupier de la mesa grande, se entregaba a una admirable prestidigitación, echando al aire las fichas, acercando con la raqueta los montones de luisas y recogiendo al mismo tiempo los billetes cuyo cambio le pedían. Tenía el ojo y el oído fijos en todo y en todos, mostrándose realmente digno del nombre de Tres-Zarpas que le daba una especie de celebridad.

Pero la fortuna es mujer y la pintan sobre una rueda y aquella noche esta rueda echó de pronto a andar. Hacía un momento que el egipcio no decía ya: «Doy carta,» sino que con su soberbia impasibilidad, abatía cada vez diciendo: «Tengo ocho... Tengo nueve,» y añadía dirigiéndose a Madeleur, después de haber paseado sus apagados ojos por la mesa: «Cobre usted los dos paños.» Y así la banca fué arrebañando todo lo que se ponía sobre el tapete verde, y delante del croupier se amontonaban luisas, las fichas y los billetes; hasta que Bulak-bey, dejando el paquete de cartas que tenía en las manos, dijo: «Paso la banca,» y pidió a un criado la bandeja, en la que, con una destreza de la que sus carnosos dedos parecían incapaces, puso el montón de billetes, fichas y luisas que representaba una fortuna. En menos de una hora, habíase rehecho con creces de las pérdidas de la semana.

Y mientras los puntos contemplaban melancólicamente al que les había limpiado los bolsillos, Madeleur decía con voz monótona:

—La banca está libre. ¿Quién la toma?

Pero las pujas eran pocas y penosamente se encontraba un banquero que tallase veinticinco luisas, una miseria. Los puntos echaban, refunfuñando, algunas fichas de cinco francos sobre el tapete únicamente para sostener la partida en espera de que volvería a tallar el que se había llevado lo suyo y lo de todos ellos, porque no era de suponer, ¡no faltaría más!, que a las diez de la noche se retirase el egipcio con todas sus ganancias. Se trataba, pues, de un simple intermedio que Madeleur aprovechó, dejando la raqueta a otro croupier subalterno, para ir a dar una vuelta por el vestíbulo, que servía a la vez de fumadero y de antesala de los salones de juego.

De pronto brillaron sus ojos como si hubiese visto algo muy interesante y regresando hasta la puerta del gran salón, hizo una seña discreta a una persona que había en el fondo de aquél. Hecho lo cual, recobró su aire de indiferencia y fué a sentarse en un diván en uno de los ángulos del vestíbulo, en el que había apoyado un joven de aspecto disgustado y con las manos en los bolsillos.

—¿Qué, no marchan bien los asuntos, señor de Queyrel?, preguntó a éste Tres-Zarpas, en tono entre familiar y obsequioso.

No obtuvo más respuesta que un signo negativo de cabeza.

—¿Ha perdido usted?

—Hasta el último céntimo.

—No estará muy contenta de ello la señorita Francina, dijo el croupier con acento un tanto zumbón.

Parecía que aquel nombre pronunciado por Madeleur como al descuido acabase de exasperar al joven.

—¡Francinal, refunfuñó éste. ¡Bonita se va a poner!

Madeleur, que se había puesto a buscar algo en el bolsillo de su *smoking*, para proceder más cómodamente a esta operación, sentóse en un extremo del diván en el que estaban los dos solos, soledad muy relativa, dadas las gentes que por el vestíbulo se paseaban. El croupier no parecía ocuparse ya en aquel a quien había llamado «señor de Queyrel,» y que le miraba indiferente y malhumorado; habíase sacado del bolsillo un gran paquete de cartas y papeles de todas clases, del que retiró una nota, una especie de cuenta con columnas de cifras, y se puso a repararla con tanta atención, que maquinalmente, sin fijarse en ello, dejó a su lado, sobre el diván, el paquete de papeles que tenía en la mano. Sacó luego del bolsillo del chaleco un lápiz, empezó a hacer varias operaciones y de pronto exclamó:

—¡Ya lo sabía! Es preciso que en seguida me rectifiquen esto.

Precipitadamente volvió a guardar en el bolsillo los papeles y se encaminó hacia el despacho del gerente. Y el joven, a quien aquella escena debía llamar naturalmente la atención, vió que Madeleur se había olvidado en el fondo del diván un papelito doblado, lo que nada de extraño tenía, dada la prisa con que el croupier había recogido sus documentos. A punto estuvo de gritarle: «¡Eh, Madeleur, que se deja usted esto!» pero al fijarse más en aquel papelito vió que era un billete de banco. ¡Un billete! y tan cerca de él que no tenía que hacer más que alargar un poco la mano para cogerlo.

En esto se acercaba un grupo de personas que indudablemente verían el billete; entonces él, haciendo como que se estiraba, dejó caer sus brazos de tal modo que el billete quedó encerrado dentro de su puño.

Cuando el grupo hubo pasado y el señor de Queyrel se hubo convencido de que nadie se fijaba en él, desdobló el papelito.

—¡Un billete de mill, exclamó.

Y con un movimiento lento, insensible se colocó de manera que el billete quedó entre su espalda y el respaldo del diván, vuelto a la vista de cualquiera que pasase.

—Si Tres-Zarpas vuelve a buscarlo, pensó, no podrá decir que yo se lo he substraído, puesto que en seguida me levantaré y me mostraré tan sorprendido como él de que esté aquí el billete. Y ahora, espérennos los acontecimientos.

No hubo de esperar mucho ya que pocos momentos después reapareció Madeleur hablando animadamente con otro croupier y sacándose nuevamente del bolsillo los papeles para enseñar a su colega la cuenta que tanto le preocupara. Algunos de estos papeles cayeron al suelo y Tres-Zarpas los recogió distraídamente, después de lo cual se encaminó a la mesa de juego para ocupar otra vez su sitio.

No había visto nada, ni había sospechado nada; de modo que al notar la falta del billete, no podría precisar si se le había caído en el diván, en el suelo o en el despacho del gerente. Además, sabido es que en la Raedera todo lo que cae no se pierde nunca, para quien lo encuentra.

—Por otra parte, decía el joven, este billete doblado como un papelucho..., seguramente le sería a Madeleur muy difícil explicar cómo ha llegado a su poder... El que lo ha perdido en realidad no es Tres-Zarpas sino Bulak-bey a quien el otro ha demostrado prácticamente que es digno de su apodo. Y en este caso...

Dirigió otra vez una mirada temerosa y furtiva en torno suyo...

Precisamente se oía en el mismo instante la voz monótona del jefe de partida que decía: «¿Quién quiere la banca?, y otra voz, voz estropajosa que el joven de Queyrel conocía sobradamente, que contestaba, con un acento levantino:

—Bueno, la tomaré por última vez.

—¿Cuánto hay en banca?

—Es banca abierta. Hagan juego.

Era Bulak-bey que se disponía a tallar otra banca abierta, a cuyo anuncio acudían precipitadamente al salón todos los jugadores desplumados que deseaban tomar el desquite.

(Se continuará.)

GUERRA ITALO-TURCA. (Fotografías de Carlos Trampus.)



Tripoli.—Vista general del parque de camiones automóviles requisados por la administración militar italiana para las necesidades de la guerra

Las gestiones realizadas por las potencias cerca del gobierno otomano para conocer las condiciones en que Turquía negociaría la paz con Italia, no dieron ningún resultado positivo. La Puerta persiste en su actitud de negarse a todo trato que signifique reconocimiento de las conquistas realizadas por los italianos en Tripolitania y Cirenaica, y para responder al bombardeo por la escuadra italiana de los fuertes situados a la entrada de los Dardanelos, acordó la clausura de éstos para toda clase de buques. Esta medida produjo gran emoción en toda Europa y dió lugar a múltiples reclamaciones a causa de los gravísimos perjuicios que ocasionaba al comercio internacional. A consecuencia de esto, la Puerta volvió sobre su acuerdo y comunicó a las potencias que abriría nuevamente aquel paso para los buques neutrales en las mismas condiciones de antes, sin poder empero fijar dentro de qué plazo quedaría enteramente abierto, pues se necesitaba algún tiempo para retirar las minas que en los Dardanelos se habían instalado.

El incidente de la clausura de los Dardanelos ha estado a punto de originar grandes complicaciones internacionales, que pudo agravar el naufragio del vapor norteamericano *Texas*, ocasionado por la explosión de una de aquellas minas submarinas.

Los italianos se apoderaron el día 28 de abril último de la isla Stampalia o Astrogalia, po-



Askaris eritreos reclutados por los italianos en su colonia Eritrea y que prestan importantes servicios en la actual guerra contra Turquía. En el círculo superior: grupo de oficiales y soldados italianos aislados en medio del desierto, en uno de los últimos combates, para defender la bandera

sión de gran importancia, pues constituye un lazo de unión entre las bases navales de Tobrack y de Tarento que permitirá extremar la vigilancia del contrabando. Asimismo el día 4 de este mes, las tropas italianas de desembarco, protegidas por los buques de la escuadra, ocuparon la isla de Rodas, apoderándose de la capital, después de un ligero combate. — R.

BARCELONA.—LA FIESTA DE LOS JUEGOS FLORALES. (De fotografías.)

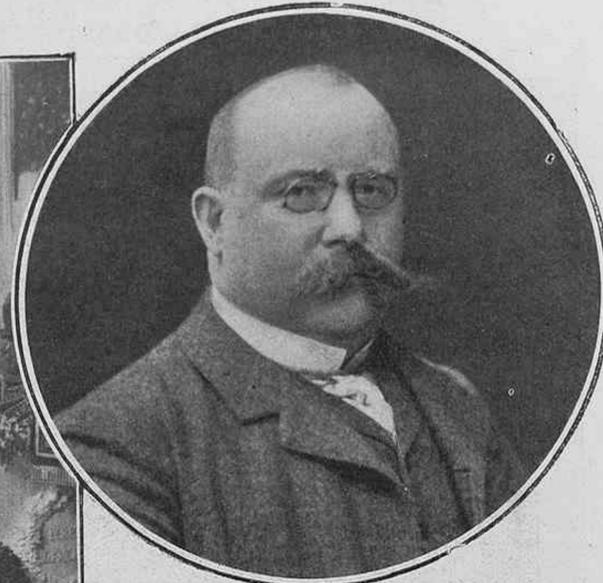


Aspecto de la sala del «Palau de la Música Catalana» durante la fiesta

La poética y tradicional fiesta de los Juegos Florales se ha celebrado este año por vez primera en el «Palau de la Música

A los acordes de una marcha que ejecutó la banda municipal, hizo su entrada en la sala la comitiva oficial, compuesta por el Ayuntamiento presidido por el alcalde Sr. Sostres, una nutrida representación de la Diputación provincial, el Ilmo. Sr. Obispo de esta diócesis Dr. Laguarda, el Consistorio, los individuos del cuerpo de adjuntos y los representantes de numerosas entidades, entre ellas el Centro Regional Valenciano.

Declarada abierta la fiesta por el alcalde, el presidente del Consistorio, el sabio filólogo e ilustre catalanófilo alemán, Dr. Everardo Vogel leyó un hermoso discurso en catalán, en el que, fingiendo un ingenioso diálogo entre el orador y el



Dr. Vogel, presidente del Consistorio



Srta. D.ª María de los Angeles Carulla y Carulla reina de la fiesta



D. Jaime Bofill y Matas, premiado con la «Flor natural»

Catalana.» La hermosa sala de espectáculos ofrecía un soberbio golpe de vista: la platea, los palcos y las galerías, adornados con tapices y coronas de flores naturales, hallábanse atestados de público, predominando en las localidades preferentes las damas elegantemente ataviadas; el escenario estaba suntuosamente decorado con banderas y plantas tropicales y en el centro del mismo alzabase el sillón destinado



D. Eduardo Girbal y Jaume, premiado con la «Englantina d'or»



D. Manuel Folch y Torres, premiado con la «Viola d'or y argent»



D. Carlos Riba y Bracons, ganador de un premio de los mantenedores



D. Antonio Carrión, ganador de un premio de los mantenedores



D.ª Carmen Karr, ganadora de la Copa Artística



D. Narciso Oller, ganador del premio Fastenrath

dióse a abrir las plicas que contenían los nombres de los poetas premiados, habiendo resultado ganador de la Flor natural D. Jaime Bofill y Matas. Este ofreció el premio a la señorita María de los Angeles Carulla y Carulla que, del brazo del poeta y entre los aplausos de la concurrencia, pasó a ocupar el sitio de honor, quedando proclamada reina de la fiesta.

Los accésits de la Flor natural fueron adjudicados a los Sres. Bassegoda y Sans Tallada.

El premio de la «Englantina d'or» lo obtuvo D. Eduardo Girbal y Jaume y los accésits los obtuvieron los Sres. Arús y Colomer y Tous y Maroto.

Por haber ganado con el de este año los tres premios ordinarios que señala el reglamento, el Sr. Girbal y Jaume fué proclamado Mestre en Gay Saber.

El premio de «Viola d'or y argent» fué concedido a D. Manuel Folch y Torres, habiendo alcanzado los accésits, los señores Vidal y Pomar, Martí y Monteis y Segarra y de Castellarnau.

Los premios extraordinarios fueron otorgados: a doña Carmen Karr, la Copa Artística; a D. Narciso Oller, el premio Fastenrath, y a D. Carlos Riba y D. Ambrosio Carrión los premios creados por los mantenedores.

El Sr. Carsi, del Centro Regional Valenciano, leyó un trabajo en honor del poeta Llorente y una poesía póstuma de éste; el Sr. Cabot dió lectura a un homenaje a Maragall y a la poesía de éste *La Sardana*, y después de un elocuente discurso de gracias del mantenedor Sr. Roger, el Alcalde dió por terminada la fiesta. — T.

a la Reina de la fiesta. A los lados, las mesas para la presidencia, para el secretario y para los poetas, y siales para las autoridades, adjuntos, entidades, etc.

genio alemán, entonó un himno entusiasta al despertar del alma catalana. El Dr. Vogel fué objeto de calurosa ovación. Después del reglamentario discurso del secretario, proce-

MARRUECOS —DESPUÉS DE LA REBELIÓN DE FEZ



El Mellah, barrio judío, después de la rebelión



La comisión investigadora interrogando a los notables acerca de la rebelión. (Fots. Harlingue)

Una de las primeras medidas adoptadas por el gobierno francés, después de sofocada la rebelión de que dimos cuenta en el número 1.583, fué autorizar telegráficamente al general Moinier para que estableciese en aquella capital el estado de sitio con todas sus consecuencias, especialmente la constitución de consejos de guerra para juzgar a los paisanos y a los militares. Al mismo tiempo envió instrucciones al expresado general para que, en lo sucesivo, las tropas jerifianas no formen cuerpos aparte de las tropas francesas.

Inmediatamente dispúsose el desarme de los askaris, los cuales hicieron entrega a las autoridades francesas de los fusiles y cartuchos que tenían en su poder.

La proclamación del estado de sitio fué bien acogida, como es de suponer, por el elemento francés y produjo honda impresión entre los indígenas, que temen naturalmente que la represión sea severa.

El sultán, por su parte, dirigió una proclama a las tropas que se habían sublevado, expresando su reprobación de lo ocurrido e insistiendo en sus sentimientos de unión e inteligencia con Francia.

Respecto del origen de los sucesos, la información practicada por el ministro de Francia en Marruecos, Sr. Regnault, afirma: que el motín de las tropas jerifianas fué debido a las disposiciones referentes al régimen interior militar de las mismas; que en modo alguno puede atribuirse al efecto que causó en el pueblo la firma del tratado de protectorado, ni a las críticas formuladas contra los abusos del Majzén; que debe desecharse como enteramente absurda la opinión según la cual los judíos fueron los instigadores del movimiento; que la rebelión no estaba previamente organizada, y que ningún indicio había permitido prever la sedición antes de que estallara.

Otros informes, en cambio, dicen que en la misma mañana de la matanza de europeos y judíos se sabía que iban a suceder cosas graves durante aquel día; y al decir de muchos indígenas, la población veía con malos ojos la partida del sultán, tanto más cuanto que circuló el rumor de que Muley Hafid partía prisionero de los franceses.

El gobierno francés ha nombrado residente general en Marruecos al general Lyautey, hombre de grandes prestigios, conocedor como pocos del problema marroquí, y que a sus altas dotes militares reúne condiciones de hábil e inteligentísimo diplomático. Este nombramiento ha sido acogido con aplauso en toda Francia, pues, conociendo los merecimientos y las cualidades del general Lyautey, es unánime la creencia de que nadie como éste puede llevar a cabo pronto y bien la doble e importante misión que le está encomendada, a saber: restablecer el orden en Fez y en las regiones vecinas e implantar luego las medidas de orden político y administrativo que han de llevar la civilización y el progreso a aquellos países.

CITRATO EFERVESCENTE "KING"
LA PRIMERA MAGNESIA DEL MUNDO
 SU VENTA EN ESPAÑA PASA DE 300000 FRASCOS ANUALES
ESTE ES EL MEJOR ARGUMENTO
 Agente exclusivo: EDUARDO SOLA · Trafalgar 13 · Barcelona

Paris
 Date de 1849
PUREZA DEL CUTIS
 — LAIT ANTÉPÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa
 PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS PRECOCES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso
 Casa CANDES · B-St-Denis, 16

PARA CURAR SIN MOLESTIA CALLOS Y DUREZAS
CALICIDA ESCRIVA
ES EL ÚNICO REMEDIO DE ÉXITO SEGURO

Reino de Sajonia.
Technikum Mittweida.
 Director: Profesor A. Holtz.
 Escuela superior técnica p. la enseñanza de electrotécnica y construcción de máquinas.
 Secciones espec. p. ingenieros y técnicos.
 Laboratorios electrotécnicos y mecánicos.
 Talleres para la instrucción práctica.
 Mayor frecuencia anual 3610 estudiantes.
 Programa etc. gratis de la secretaria.

ANEMIA DEBILIDAD Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
Curadas por el Verdadero. El mas activo y economico, el unico Inalterable. — Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, Paris.

FÁBULAS DE LA-FONTAINE
 Nueva traducción debida á D. Teodoro Llorente, ilustrada con notables dibujos intercalados en el texto y láminas tiradas aparte, originales de Gustavo Doré. — Esta notable edición en un tomo casi folio, ricamente encuadernado con tapas alegóricas, se vende al precio de 35 pesetas en la casa editorial de Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona.

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL ANIOL DE LOS JORET-HOMOLLE
 CURA **LOS DOLORS, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS**
F^{ia} G. SÉGUIN — PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE, DUSSER**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN